



MERODEADOR EN EL TAMESIS

Curtis Garland





PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

MERODEADOR EN EL TAMESIS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 890
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 9.655 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1979

© Curtis Garland - 1979
texto

© Salvador Fabá - 1979
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1979

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.500. — Los tentáculos del terror mundial.

En Colección PUNTO ROJO:

887. — Lluvia sobre mi cadáver.

En Colección LA HUELLA:

134. — Pasaje sin salida.

CAPÍTULO PRIMERO

La muchacha miró hacia atrás, empezando a sentirse asustada. Muy asustada.

Había motivos para ello. Aquel hombre extraño la seguía desde hacía tiempo. Estaba segura de que iba caminando tras de ella desde que abandonara el *music-hall* donde trabajaba.

Luego, el autobús la había conducido a su barrio, pero la parada distaba unas cuantas manzanas de su vivienda, y el hombre continuaba tras de ella. ¿Había viajado en el mismo *bus* o utilizó otro vehículo para seguir al alto coche rojo de servicio público?

Connie no hubiera podido decirlo, pero estaba segura de que así era, para inquietud suya. Aquel personaje era el mismo que viera unos momentos despegarse del oscuro edificio del *music-hall* cuando, una vez terminada la diaria representación, ella abandonó el local, para regresar a su domicilio.

Era tarde ya cuando eso sucedía, exactamente las once y media de la noche, y el tráfico en todas las calles, tanto en el céntrico emplazamiento del local como en su propio barrio, era muy escaso, por no decir nulo. De vez en cuando algún taxi libre o en servicio, que pasaba fugaz, con su pesado aire de negra cucaracha blindada, o algún que otro peatón, rápido y ensimismado en sus propias cosas, que aparecía de un modo súbito para desaparecer de forma muy semejante.

Connie nunca se desplazaba totalmente segura en esas horas de la noche, pese a que el Londres actual no fuese ya el de la niebla y el miedo de otras veces. Ahora, incluso en las orillas del Támesis se respiraba un aire relativamente limpio, sin el desagradable *smog* y sin que la bruma facilitase a los merodeadores nocturnos su siempre inquietante tarea.

Aun así, aquella noche empezó a sentir miedo. Especialmente cuando se quedó sola en la parada del autobús, en Blackfriars, y el

vehículo se alejó, con su tranquilizadora carrocería roja de dos pisos y las luces de sus ventanillas, terminando por perderse más allá del puente.

Estaba sola en la calle. Totalmente sola. Eran las doce menos diez minutos, y de repente supo que no estaba tan sola como creía. Lo malo es que el otro viandante era la viva imagen del que creyera ver a la salida del teatro, caminando a una prudencial distancia tras ella.

No podía ser casual, pensó echando a andar con verdadero terror. Aquel hombre no había subido al *bus*, estaba segura de ello. Fue ella sola quien tomó el vehículo en la parada de Charing Cross, lo recordaba muy bien. Ahora, él estaba también allí.

¿Coincidencia de vecindad? No era probable. Éste era un barrio humilde, de personas como ella. En su gran mayoría, obreros, oficinistas y muchachas de vida nocturna, como camareras, bailarinas y actrices. Las casas de huéspedes y las pensiones económicas abundaban por allí.

Y el hombre no tenía el menor aspecto de ser un huésped de ninguna de ellas. Vestía demasiado bien para eso. Tenía aspecto de ser todo un caballero.

La figura era alta y delgada, vestía un abrigo largo, oscuro y cruzado, llevaba guantes de color más claro, un sombrero hongo negro, el clásico bombín británico, y un objeto que si en principio creyó que era el no menos tradicional paraguas de cualquier *gentleman* de la City, resultó ser en realidad un bastón cuyo puño brillaba con matiz blanco en su mano.

Empuñadura de plata, sin duda alguna.

Respiró agitadamente, apresurando el paso cuando notó que las pisadas de los negros y charolados zapatos del otro viandante iniciaban su marcha tras de ella, a la misma prudencial distancia de antes, como si en realidad no intentara seguirla. Pero estaba siguiéndola.

Viejas y escalofrantes historias asaltaron el recuerdo de Connie mientras ella se movía con creciente rapidez y nerviosismo acera adelante, hacia su casa de huéspedes, que ahora le parecía infinitamente lejana de la parada de autobús, pese a que sólo tres manzanas distaba de allí.

Rememoró a seres de otras épocas, como «Jack, el Destripador»,

«Jekyll y Hide», «La Estranguladora» o «El Merodeador». Nombres que figuraban en el historial delictivo de Londres, o que eran simple producto de novelistas en otros casos. Pero todos unidos por el común denominador de la sangre y el crimen.

¿Sería aquel extraño individuo un nuevo sádico, un criminal obsesionado por la búsqueda de jóvenes y hermosas víctimas femeninas? La sola idea, produjo un escalofrío en la bonita bailarina de *music-hall*, cuyo taconeo sonaba huecamente en las calles desiertas, apenas perceptible el eco de las suaves pisadas de su perseguidor, allá a su espalda.

Giró la cabeza, antes de cruzar una calle. El corazón le dio un vuelco. Al detenerse ella, también él lo había hecho, bajo una farola, como si fuese una coincidencia. Pero no podía serlo. Mantenía la misma distancia en todo momento. Parecía no intentar aproximarse a ella.

¿Cuánto duraría ese juego? ¿Lo mantendría hasta que ella llegase ante la puerta de su vivienda y, mientras intentaba abrir la puerta con el llavín, caería él sobre su persona bruscamente, procediendo a asesinarla?

La angustia de semejante suposición casi fue un dogal en su cuello, asfixiándola. El terror de Connie iba en aumento.

—Dios mío... —gimió, hundiendo su mano en el bolso para buscar el llavín, y notando cómo temblaban sus dedos al hacerlo—. No es posible... ¿Por qué habría de ocurrirme esto, precisamente *a mí*?

Cruzó la calle. El hombre reanudó su marcha, imperturbable, tras de ella.

Connie ya sentía un miedo frenético, un verdadero pánico creciente, que la acongojaba y estremecía. Ya era seguro. Aquel hombre iba a por ella. Y sus intenciones no podían ser buenas. Violación, agresión, quizás asesinato...

Miró en derredor, con angustia. Había una cabina telefónica al otro lado de la calle. Su rojo color destacaba a la luz. Algo más lejos, el *pub* «El Delfín y el Velero», había cerrado sus puertas. No se veía luz alguna en su interior. Eran dos esperanzas difusas y remotas. No podía pedir ayuda en la taberna. No podía intentar llamar por teléfono en la cabina, porque para eso necesitaba mucho más tiempo del que dispondría para hacerlo, con aquel amenazador

personaje a menos de treinta yardas de ella. El interior de una angosta cabina telefónica, era el mejor lugar imaginable para que un asesino se ensañara con su víctima.

Connie apartó de sí esas ideas, y concentró su atención en la posible búsqueda de algún peatón, de algún transeúnte noctámbulo a quien aproximarse, en demanda de ayuda. No había el menor rastro de ninguno. Y menos aún de cualquier *policeman* de servicio.

La situación comenzaba a ser angustiosa, realmente desesperada. No tenía escapatoria.

Llegó ante otro cruce, justamente el último. Al otro lado, estaba el edificio donde se hallaba la puerta de su domicilio. La distancia era ya tan corta, que su corazón golpeaba con furia, y sentía palpitaciones intensas en sus sienes. Las piernas le temblaban, y en sus dedos, el llavín podía caerse al suelo en cualquier momento.

Estaba llegando el momento supremo, decisivo. Si ahora fallaba ella o se anticipaba él, todo estaría perdido. La idea cruzó con rapidez la mente de Connie, que espoleada por la angustia de aquel momento, tuvo una idea luminosa que tal vez ahuyentara a su perseguidor.

La puerta de su casa tenía a ambos lados dos alargadas vidrieras verticales, de vidrio esmerilado, a través del cual se filtraba la claridad del interior, ya que toda la noche había encendida una bombilla de escaso voltaje en el vestíbulo.

Rompería uno de esos vidrios. El estrépito provocaría la alarma, la gente despertaría, si ella gritaba al mismo tiempo, y eso tal vez ahuyentara a su perseguidor. Cuando menos, era una posibilidad. La única que tenía.

Fue dando sus pasos lenta, cuidadosamente ahora, procurando serenarse, mantenerse firme y segura de sí. Era imprescindible que no fallasen sus nervios, que no cometiese errores.

De repente, cuando llegó a la acera opuesta, comenzó a correr, precipitándose hacia la puerta de su vivienda. Estaba segura de que eso desorientaría totalmente al misterioso individuo, pillándole desprevenido contra su maniobra.

Al mismo tiempo, abrió su boca para empezar a chillar, mientras envolvía su puño izquierdo en el pañuelo, con la idea de hacerlo penetrar a través de los vidrios de la puerta en el momento oportuno.

La corta distancia hasta su puerta, la tercera de aquella manzana, le permitía cierta facilidad de maniobra, cierta ventaja sobre el desconocido, cuya distancia de ella era la única ventaja con la que contaba en esos momentos a su favor.

Pero en ese momento, la fatalidad y la mala fortuna, lo echaron todo a rodar. Uno de los tacones de Connie se quebró en plena carrera. Trató desesperadamente de mantener el equilibrio, y fracasó.

Cayó de lado, y se golpeó una rodilla contra el asfalto, escapando el llavín de sus manos, a sólo dos puertas de distancia de su domicilio. Aterrada, giró la cabeza y miró.

¡Su seguidor venía a la carrera, directo hacia ella!

Connie quiso gritar, y sufrió una nueva convulsión de horror cuando notó que de su garganta no brotaba ruido alguno. Solamente un ronco gemido, una especie de estertor de pánico. Le fallaban las cuerdas vocales. El terror mismo le había silenciado su grito de socorro, ahogándoselo en la garganta.

La sombra del desconocido se proyectó, gigantesca como la de un extraño murciélago, cuando se interpuso la alta y oscura figura entré ella y una farola de alumbrado callejero. Llevaba el oscuro gabán desabrochado, y ello hizo parecer aún más su silueta como la de un ser alado y siniestro que planease sobre ella como un vampiro, para acabar con su vida y con su sangre...

Connie exhaló un gemido... y se desvaneció, vencida por el pánico.

Su cuerpo joven rodó por el asfalto, y su melena rojiza se extendió como una cascada de cobre hilado sobre el suelo húmedo de Blackfriars, a escasa distancia de la ribera del Támesis.

La sombra inquietante se perfiló sobre ella. Luego, descendió, y el negro gabán, como las alas malignas de un pájaro monstruoso, se cerró sobre el Cuerpo inmóvil e indefenso de la bailarina...

—¿Se encuentra mejor?

El sonido de la voz, agradable, cordial y bien timbrada, fue lo primero que llegó a su consciencia, tras la oscuridad impenetrable del pesado período.

Parpadeó, deslumbrada, pese a que era una luz tamizada y rosada la que llegaba a sus ojos. Exhaló un gemido suave, intentando incorporarse en el lugar donde yacía tendida.

—¿Qué... qué ha sucedido? —preguntó, sin demasiada originalidad—. ¿Dónde estoy ahora?

La figura vuelta de espaldas a ella, ante la luz de tono rosado, se volvió lentamente, con una copa en su mano. No había nadie salvo ellos dos, en aquella estancia suntuosa, amueblada con el más rancio y sobrio estilo inglés, y decorada con litografías, espejos de marco dorado y espesos cortinajes de terciopelo.

El hombre, al preguntarle, la había estado mirando sin duda a través del espejo que había ante el mueble-bar, mientras escanciaba un licor ambarino en la copa, procedente de una botella de cristal tallado.

—Está segura y en un lugar donde nada debe de temer —dijo la voz varonil, mientras el hombre se aproximaba a ella sin que sus pasos sonaran apenas en la espesa alfombra—. Tome esto. Le hará bien.

—¿Qué es?

—Brandy. Con muchos años de vejez. Es el mejor cordial que existe, señorita Sellers.

—¿Me... me conoce? —Tembló ella ligeramente, mordiéndose el labio inferior.

—Cometí la indiscreción de examinar sus documentos —sonrió él gravemente—. Connie Sellers. Bailarina. Veintitrés años. Lamento haberlo hecho.

—No tiene importancia —suspiró ella—. Aún no he llegado a la edad en que las mujeres acostumbramos a quitarnos años.

Tomó la copa, y de ella un sorbo. El tenía razón. Sintió un grato calorillo que subió hasta sus mejillas, tiñéndolas de leve rubor. Respiró hondo. Luego, le miró a él.

—¿Quién es usted? —indagó.

El se inclinó, cortés, como un antiguo gentilhombre.

—Stuart Dundee —se presentó—. Algunos me llaman Lord Dundee. Pero no me gusta, de modo que olvídelo.

—Lord Dundee... ¿Un lord... auténtico? —jadeó ella, impresionada.

—Creo que sí —rió él suavemente, echando atrás su cabeza de rubios cabellos rebeldes, pese a un intento por peinarlos correctamente—. Auténtico. Se lo advertí por si alguien me da ese nombramiento en su presencia. Mi mayordomo acostumbra a

hacerlo. No puede evitarlo, aunque sabe que no me gusta. Trate de evitarlo usted, señorita Sellers. —Lo intentaré; lord...— carraspeó, rectificando: —señor Dundee...

—Aún no está del todo bien, pero está mejor —admitió él jovialmente—. Me encanta que me llamen Stuart. Y supongo que muchas personas amigas la llamarán a usted Connie, simplemente.

—Claro. Pero usted es un aristócrata. Puede llamarme Connie, pero yo no puedo llamarle Stuart...

—¿Por qué no? —Amplió su sonrisa, alzando a su vez su propia copa de *brandy*—. Somos amigos, ¿no? Es más: usted es mi huésped e invitada esta noche.

Ella tembló de pronto. La noche... Recordó algo. Fijó sus azules ojos en un reloj de pie, al fondo de la sala. Era un bello reloj Victoriano. Pero marcaba la una de la madrugada. Se incorporó, repentinamente asustada.

—¿Cómo llegué aquí? —quiso saber.

—Yo la traje en mi coche. La última vez que la vi, antes de eso, estaba usted tendida en la acera, sin conocimiento. Pensé que necesitaba ayuda o asistencia médica. Esto último no hizo falta. Entre Hasper y yo, pudimos reanimarla. Hasper es mi mayordomo, ¿sabe? —Dios mío... —Ella movió la cabeza afirmativamente—. Ahora recuerdo...

—¿Qué recuerda?

—Fue algo horrible. Antes de recogerme usted, lord... señor Dundee... Un hombre horrible me perseguía. Yo intenté huir de él. Me caí, y no tuve fuerzas ni para gritar. Le vi venir hacia mí. Iba a asesinarme, estoy segura, Y en ese momento, me desmayé...

—¿Cómo era el hombre que la seguía? ¿Le vio la cara?

—No, no pude ver nada de él... salvo su abrigo negro, su bombín, su bastón...

—Entonces, ¿cómo sabe que era horrible? —sonrió él, muy fijas sus pupilas grises y chispeantes en ella.

—Bueno, tenía que serlo... Venía tras de mí desde el teatro... el *music-hall* donde trabajo. Me siguió hasta Blackfriars. Sé que intentaba asesinarme...

—¿Por qué? ¿La amenazó? ¿Le dijo algo? ¿Llevaba algún arma?

—No, no es eso. Lo intuía. Su modo de andar, de moverse... de ir hacia mí... era el de un sádico criminal... Podía sentir su mirada

de fuego fija en mí...

—¿De veras? —El joven parecía fascinado por sus palabras—. Debí de ser una experiencia terrible, pero por fortuna está ahora a salvo, señorita Sellers. Aquí, nadie puede hacerle daño ya. Porque supongo que se sentirá segura en mi casa y en mi compañía, ¿no es cierto?

—Claro —suspiró la joven, dejando la copa de *brandy* en una mesita, tras tomar un segundo sorbo—. Le estoy muy agradecida por todo. Tal vez me salvó usted la vida con su oportuna llegada...

—No lo creo —sonrió él, negando con la cabeza suavemente—. Mi querida amiga, usted acaba de afirmar que está a salvo aquí, que se siente segura a mi lado, y sin embargo, *yo soy el hombre que la perseguía esta noche desde el teatro hasta su casa.*

CAPÍTULO II

—Usted... ¡Dios mío!

—Lo siento muy de veras. No traté de asustarla. Cálmese, se lo ruego.

—Ha sido... ha sido una broma, ¿no es cierto? Se ha burlado de mí...

—¿Por decirle que era yo? —El joven negó, enérgico—. No, nada de eso, señorita Sellers. Le dije la pura verdad. Soy el hombre del gabán negro, el bombín y el bastón.

—Pero... pero ¿qué significa esto? —Connie miró en torno, con expresión de repentino horror—. Está torturándome... trata de aterrorizarme más y más... para matarme después...

Lord Dundee soltó una breve carcajada, y puso una mano suave en el hombro de ella, pese a que Connie trató de echarse atrás, despavorida. Sus grises ojos revelaron una jovialidad contagiosa y amigable.

—No diga esas cosas, por favor. No intento nada malo contra usted. Ni tampoco lo intenté entonces. Recuerde que no la amenacé ni ataqué, en momento alguno.

—Es... es cierto. Pero me seguía, me vigilaba...

—Eso sí. Pero no significa que yo sea un asesino. Se dejó guiar por una impresión personal, es todo. Podía ser un admirador, un enamorado. ¿Por qué forzosamente un sádico criminal?

—Porque a esas horas, y actuando de ese modo...

Con ese bastón, ese gabán, sin dejar apenas ver su rostro... Pensé que tenía que ser un merodeador peligroso.

—Un merodeador. Usted lo ha dicho —suspiró él cansadamente. Hizo un gesto a alguna parte, y dijo con tono de voz más alto—: Gracias, Hasper. Ya puede dejar eso. Nuestra joven amiga ha dicho todo lo que yo esperaba oír... Será suficiente por el momento. ¿Quiere entrar?

Hubo una pausa. Perpleja, Connie asistía a todo eso, preguntándose si no sería realmente su extraño anfitrión un desequilibrado, un anormal que seguía un diabólico juego hasta un final trágico.

Pero momentos después, la puerta de la sala se abrió. Entró un hombre alto, enjuto, impecablemente vestido, con expresión grave y ojos pensativos. Sus ropas de sirviente correspondían a la categoría de su amo y señor.

—A sus órdenes, lord Dundee —dijo, respetuoso, parándose en medio de la sala.

—¿Qué le dije? —resopló el joven aristócrata, volviéndose a Connie—. No puedo enseñarle a que me llamé de otro modo... Bien, Hasper, ¿quedó todo bien grabado?

—Perfectamente, señor. Imagen y sonido.

—Excelente, Hasper. Eso confirma mi teoría. Es una evidencia, la primera quizás de una serie de ellas.

—Estoy convencido de ello, señor —admitió el sirviente.

—¿De qué están hablando? —Se impacientó Connie, cada vez más inquieta.

—Señorita Sellers, lamento que usted me haya servido de involuntaria conejo de indias, o de testigo totalmente ajeno a su voluntad.

—¿Conejo de indias? ¿Testigo? No entiendo una palabra, lord... señor Dundee.

—Lo comprendo. No es fácil de entenderlo a primera vista. Peto la explicación es más simple de lo que parece. ¿Sabe qué hace ya ochenta y seis años, una persona fue ahorcada en Newgate por múltiple asesinato, basándose en la declaración de un testigo que dijo exactamente lo mismo que usted acaba de decir de mí en la escena que he hecho grabar en videotape, con sonido directo, a mi mayordomo, hace tan sólo unos momentos?

—¿Qué es lo que dice?

—Que Hasper estaba como operador de video tras uno de esos muros, mientras una cámara de televisión y un micrófono recogían nuestra charla fielmente, y ahora poseemos una grabación en videotape con sus palabras acerca del misterioso personaje del gabán, el bombín y el bastón que iba tras de usted. Palabras que, casi exactamente repetidas, sirvieron para que un hombre, en 1896,

fuese al patíbulo. Fue el testigo de cargo quien le envió a la horca. Una mujer que dijo ni más ni menos de lo que usted ha dicho sobre un misterioso merodeador... que no era sino yo mismo, y que en momento alguno tuve la menor intención de causarle daño de ningún género.

—Pero eso es absurdo... ¿Por qué lo ha hecho?

—Es una larga historia, mi joven amiga —suspiró lord Dundee, pensativo, paseando por el salón—. Quiero demostrar a alguien que hubo allí un tremendo error judicial. Que se ahorcó sin duda a un inocente, por el solo hecho de haber seguido a una mujer en la noche, sin otro afán que contemplar su bonita figura e intentar una conquista. Sólo por eso, un hombre fue ahorcado.

—¿Quién era ese hombre?

—«El Merodeador». También se le llamó por entonces «El Merodeador del Támesis».

—¡«El Merodeador»! —exclamó Connie, asombrada—. Dios mío, el famoso criminal... El hombre que asesinó a cuchilladas a tantas mujeres en las orillas del río...

—Exacto. Existió un «Merodeador», ciertamente. Un criminal despiadado y morbosos que usaba un arma afilada, de largas dimensiones, posiblemente una espada o estoque, para acuchillar a sus víctimas.

—Pero ese hombre no era inocente... «El Merodeador» era un criminal monstruoso, a quien solamente superó unos años más tarde «El Destripador»...

—Cierto. «El Merodeador» era un monstruo. Pero lo que yo afirmo es que el hombre que murió ahorcado entonces, *no era* «El Merodeador», sino un inocente, un caballero galante, a quien una buscona tomó por «El Merodeador», y le acusó de haber intentado asesinarla, sólo porque ella pensó que era así. Arrestado por la policía, intentando huir cuando ella gritaba pidiendo socorro, fue juzgado, condenado y ejecutado en breve plazo. El auténtico «Merodeador» jamás fue encontrado. Podría jurarlo.

—¿Por qué está tan seguro de ello, y por qué se ha metido a esa absurda tarea de reivindicar ahora a un hombre muerto hace ochenta años?

—Por una razón muy simple, señorita Sellers. Porque el hombre ahorcado entonces, era mi abuelo, lord Selwyn Dundee...

El inspector Thomas se incorporó con un suspiro, cerrando el monitor donde acababa de ser exhibido el videotape de su visitante, en aquella sala de New Scotland Yard.

—Mi querido Stuart, no sé adónde quieres ir a parar con todo este juego, pero te advierto que podrías ser procesado por aterrorizar a una joven en plena noche, e incluso por rapto, al llevarla a tu domicilio contra su voluntad, aprovechándote de que estaba inconsciente.

—Para eso haría falta que ella presentase una denuncia formal, ¿no es cierto, inspector?

—Claro —ceñudo, miró de soslayo a su visitante—. ¿No está dispuesta a hacerlo?

—No. Ha comprendido mis razones. No presentará ninguna denuncia.

—Puedo convencerla fácilmente de lo contrario, si me empeño en ello.

—¿Qué pretende, inspector? ¿Que también a mí me condenen sin motivo, siendo inocente?

—Stuart, no eres inocente. No serás un sádico que anda buscando jovencitas para asesinarlas, pero intentas parecerlo, y las atemorizas. Eso sí es un delito, como lo es llevarte a casa a esa joven, y además grabar sin su consentimiento una escena con ella.

—Dejando de lado esos tecnicismos legales, ¿no demuestra eso que entonces hubo una evidencia totalmente desprovista de base para condenar y ejecutar a un hombre?

—Yo no vivía entonces, de modo que ni participé en su arresto, ni sé cómo fue aquel proceso. Deberías de presentar esta supuesta evidencia al tribunal, y solicitar una revisión del viejo proceso, si de verdad intentas rehabilitar la memoria de tu abuelo. Es posible que terminen los jueces por cansarse de ti, y hagan lo que quieres. Con eso ¿qué habrás adelantado?

—Limpiar a la familia Dundee de una mancha vergonzosa. Y devolver el honor a un viejo familiar injustamente ejecutado.

—Tú no eres un aristócrata a la antigua usanza, Stuart —le reprendió severamente el inspector Thomas—. No te preocupas por baldones, manchas familiares y todos esos términos melodramáticos. Si estás metido en esto, es porque tu mente excéntrica lo juzga divertido y has hecho de ello un juego. Pero un

juego más peligroso de lo que supones.

—Inspector, esto no es un juego, aunque yo me lo tome un poco deportivamente. Si he de serle sincero, deseo rehabilitar la memoria de mi abuelo. No me gusta imaginar que yo sea el nieto de un maníaco homicida, de un enfermo sexual conducido al crimen por su desequilibrio.

—Empiezo a ver por dónde van los tiros —masculló Thomas, con repentina astucia en su gesto y un brillo malicioso en sus ojos penetrantes—. Te vas a casar en breve con Margaret Harrington, ¿verdad?

—Verdad. —Stuart Dundee arrugó el ceño, mirando al policía—. ¿A qué viene eso?

—Viene a cuento de tu repentino interés por tu antepasado. Creo que sé ahora el motivo verdadero de tu afán por demostrar su inocencia.

—¿De veras?

—Está muy claro, Stuart. No quieres que haya la más mínima sombra sobre tu matrimonio... ni sobre tus hijos. No deseas que una tercera generación pueda heredar una posible lacra psicopática de un antepasado. ¿Me equivoco?

Stuart Dundee inclinó la cabeza.

—*Touché* —dijo deportivamente—. Sí, creo que eso es lo que hay detrás de todo esto, inspector. Le felicito. Es un buen policía.

—Gracias —sonó seca la voz del inspector—. Si no lo fuera, no estaría ahora aquí. ¿Te preocupa que alguno de tus hijos pudiera resultar un... un anormal, en el caso de que el ciclo hereditario de la locura pudiese cumplirse, según ciertos estudiosos de la psiquiatría?

—Me preocupa eso. Y me preocupa Margaret. Ella sufriría las consecuencias de un trauma así, más directamente que nadie.

—¿Estás muy enamorado? —sonrió el policía.

—Sí —admitió él con un suave movimiento de cabeza—. Lo estoy.

—Margaret es muy hermosa.

—Físicamente, no hay duda de ello —convino el joven lord—. Pero eso no es lo que atrae de una mujer, sino su belleza interior.

—Creo que también la tiene Margaret.

—Sí, creo que sí —suspiró Stuart Dundee—. Es generosa,

inteligente, sensible y comprensiva. Dice amarme profundamente, y yo la creo. La correspondo en sus sentimientos. Y no deseo condenarla a una pesadilla que luego nos podría torturar a los dos... y a nuestros hijos sobre todo. Ellos no deben nacer con una lacra que no podrían combatir y que sería ajena a sus padres.

—Tú lo has dicho —el inspector Thomas paseó por la estancia—. Ajena a ti y a Margaret. Por tanto, ¿a qué esforzarse en buscarle los tres pies al gato? Tú no puedes, por ti mismo, intentar algo tan difícil como es revisar un proceso de hace casi un siglo, y devolver a tu abuelo su perdido honor.

—Inspector, acaba de presenciar una clara evidencia en ese videotape —señaló a la pantalla ahora apagada del monitor de la policía—. Esa grabación revela que la testigo de entonces pudo equivocarse, acusar a un inocente... Y las leyes de la época hicieron el resto. —Mi abuelo era un crápula, un mujeriego excéntrico. Pero eso no es un motivo para matar a nadie. Y, sin embargo, a él le enviaron al patíbulo sin demostrarse que fuese realmente «El Merodeador».

—Stuart, si recuerdas con todo detalle la historia, recordarás un detalle significativo.

—¿Cuál?

—A raíz de la ejecución de tu abuelo, ya nunca más hubo otros crímenes del «Merodeador». Nadie volvió a verle. Sencillamente, había desaparecido sin dejar rastro, justamente cuando fue arrestado lord Selwyn.

—Sí, eso lo sé —resopló Stuart Dundee inclinando la cabeza con aire pesaroso—. Y sabía que iba a mencionarlo, inspector. Es el punto débil de toda mi teoría. El fallo de toda una estructura. Tuvo que haber una razón para ello, pero... no puedo saber cuál fue. Hace demasiado tiempo para indagar en ese sentido.

—Tú lo has dicho. Hace *demasiado* tiempo para todo. Para toda clase de indagaciones y teorías, incluso para la tuya personal —le puso afectuosamente una mano recia en el hombro—. Date cuenta, Stuart. El tribunal al que le exijas una revisión del viejo asunto, será el primero en pedirte una justificación sólida que explique por qué al dejar fuera de circulación a tu abuelo, dejó de ser visto «El Merodeador», y cesaron sus crímenes en las orillas del Támesis.

—Ha de haber una explicación.

—Quizá, pero ¿dónde? —El inspector Thomas sacudió su cabeza enérgicamente—. No, amigo mío. Compréndelo. No puedo ayudarte en esto. Es más, te aconsejo que no sigas por ese camino. Si otra chica es menos comprensiva que esa bailarina de *music-hall* y te denuncia, lo pasarás muy mal. Ya sabes que tu condición de aristócrata y de hombre rico no te va a ayudar absolutamente en nada ante los tribunales si eso llega a ocurrir. Los jueces ingleses son muy severos en ese terreno. Yo no podría ayudarte tampoco, en el caso de irte mal dadas. Ahora que estás a tiempo y esa chica, Connie Sellers, se ha conformado con tratar de entenderte y no presenta denuncia alguna, renuncia a tu juego. Olvídate de tus antepasados, visita a un psiquiatra que te dé ciertas seguridades sobre vuestros futuros hijos, o renuncia a la boda, en caso extremo. Pero no sigas considerando como un simple juego tu afán investigador, porque te repito que pisas un terreno sumamente resbaladizo.

—¿Cree que voy a hacerle caso, inspector?

—No. Y eso es lo que me preocupa de ti —ensombreció su gesto el hombre de Scotland Yard. Fue hasta el monitor y extrajo la *video-cassette*, devolviéndosela a Stuart—. Toma, llévatelo. No podemos utilizarlo en absoluto.

—¿Es su última palabra, inspector? ¿No va a ayudarme?

—No puedo. Lo siento, Stuart, pero no puedo. No lograría nada, después de todo.

—Muy bien —guardó la grabación electrónica en su bolsillo—. Entonces, recurriré a los tribunales. En Old Bailey tendrán que aceptar mi demanda de revisión del viejo proceso.

—No sé si será legal tu intento y si ellos accederán, pero en ese caso, te deseo la mayor fortuna. No creas que estoy contra ti. Sólo contra tus métodos. No puedes andar por ahí de noche, atemorizando a unas pobres chicas solitarias. Incluso podrías encontrarte con un balazo, si las cosas van mal.

—Los riesgos no me asustan —dijo el joven aristócrata, camino de la salida—. Cuando se busca algo importante, hay que afrontarlos tarde o temprano. Buenas tardes, inspector Thomas.

Cerró tras de sí. Edwin Thomas, inspector de la Brigada de Homicidios de New Scotland Yard, se quedó solo y pensativo, paseando con las manos a la espalda. Meneó la cabeza con

desaliento.

—Maldito y obstinado muchacho... —farfulló con aire irritado—. Es un cabezota, excéntrico y desconcertante. Hace lo que le viene en gana, y cree que por ser un noble de familia respetable, puede burlar a la Ley y llevar las cosas a su modo. Es un buen chico, pero puede encontrarse con un serio disgusto, a menos que su propio abogado no le advierta de los riesgos tan serios que está corriendo con esos procedimientos suyos...

—El inspector tuvo razón, Stuart. Estás jugando con fuego. Y puedes quemarte en el momento menos pensado.

—¿Por qué diablos dices eso, Harry?

—Porque es la pura verdad —suspiró Harry Bentley con gesto grave, mirando a su joven interlocutor desde el otro lado de la pesada mesa de caoba—. Como abogado tuyo y de la familia, debo advertirte muy seriamente, Stuart. Has tenido suerte con esa chica, pero eso es todo. La próxima vez puede ser diferente.

—Harry, no es la primera vez que intento la experiencia. Otras dos chicas precedieron ya a Connie Sellers. Una era una enfermera del Hospital de Waterloo, en York Road, al otro lado del río. La otra, una camarera de un club nocturno de Vauxhall Bridge Road.

Ninguna de ellas me ha denunciado tampoco.

—Oh, claro. La camarera echó a correr como alma que lleva el diablo cuando te vio —dijo el abogado familiar de los Dundee, sin poder evitar que una sonrisa aflorase a sus delgados y apretados labios—. Y la enfermera se metió en una cabina telefónica y llamó a la policía, saliendo luego con unas tijeras muy respetables, para hacer frente al presunto merodeador. Fueron dos fracasos, Stuart. Debiste renunciar entonces. ¿Imaginas si llegas a provocar un colapso a esa chica?

—No la amenacé en momento alguno. Ni a las otras tampoco. No había motivo para que se aterrorizaran tanto.

—Pero a esas horas de la noche, y en zonas solitarias, cualquiera sentiría lo mismo al verse seguido. Cuánto más, una mujer sin compañía alguna. La siguiente ocasión podría ser peor. ¿Y qué esperas conseguir? ¿Otro testimonio que no va a causar el menor efecto a los tribunales, si es que admiten nuestra demanda, cosa a la que legalmente no tienen obligación alguna?

—¿Por qué no? No se trata de abrir un proceso ya efectuado,

sino de revisar unos documentos, de examinar unos legajos...

—Aun así, Stuart. Hace de ello casi un siglo. El polvo y el olvido habrá caído hace ya mucho tiempo sobre esos legajos. Los actuales jueces no querrán verse inmersos en una labor tan densa y dificultosa, a menos que exista una verdadera evidencia aplastante, que signifique la rehabilitación segura de un condenado. Cosa que no parece tan sencilla, a la vista de una simple grabación en videotape.

—Pero tengo la declaración de Connie Sellers, firmada por ella, jurando que jamás me había visto antes de ahora, que nada sabía de los Dundee, y que cuánto ha dicho en esa grabación responde a la realidad en todos sus detalles...

—Es sólo eso, Stuart: un testimonio. Yo me pongo en duda la honestidad de tu testigo, ni creo que ellos lo hagan, una vez comprobado que no existe relación alguna entre vosotros dos. Pero aunque yo sea tu abogado ahora, como mis antecesores; *Bentley & Bentley* lo fueron siempre de la familia Dundee desde tiempo inmemorial, no puedo alentar una postura tan frágil como la tuya.

—¿Crees que mi abuelo era culpable? ¿Estás convencido de que tu antepasado defendió a un cliente que no era inocente de verdad, y que por tanto si perdió el caso es con todos los motivos del mundo? ¿Temes que la posible rehabilitación de un Dundee signifique una tara profesional para un Bentley, por haber permitido que un inocente fuese ajusticiado siendo él su defensor?

—No, no es eso, por todos los diablos, Stuart —protestó airadamente su abogado Me tiene sin cuidado descubrir si mis abuelos eran más o menos competentes como abogados. Es más importante el nombre y el honor de una persona, puesto que por su vida ya nadie puede hacer nada. Pero ya que hablas así, te recordaré algo que he obtenido de los archivos de mis oficinas antiguas, las que permanecen cerradas en la City, donde se guardan los viejos legajos de la firma.

—¿Tú? —Stuart le miró fijamente—. ¿Has encontrado algo?

—Sí. Y desgraciadamente, nada favorable a tu caso, mi querido amigo —suspiró Bentley con gesto ceñudo. Extrajo de su portafolios una hoja fotocopiada, que tendió al joven—. Lee eso. Supongo que, pese a los años, la escritura está bastante clara aún... Es el testimonio de la testigo que envió a tu abuelo a la horca...

Stuart, profundamente interesado, se aproximó a una de las ventanas y examinó la fotocopia del viejo documento, a la luz del tibio sol velado por las nubes del atardecer.

La letra angulosa, pulcra y minuciosa, ofrecía ya una tonalidad desvaída, sobre el tono sin duda amarillento del papel original. Pero la fotocopia era nítida, y pudo leer todo el texto allí reproducido.

Se detuvo en un párrafo escueto y significativo, que el abogado había subrayado en rotulador rojo:

«... y aquel horrible individuo, cuando avanzó rápido hacia mí, apenas empecé yo a chillar, tiró de la empuñadura de su bastón... y extrajo una larga hoja que brilló a la luz de la farola de gas más próxima. No dudé que se trataba de un estoque oculto en la funda del bastón. Y recordé enseguida la forma en que fueron acuchilladas otras mujeres por “El Merodeador”.

»Pese al miedo que me dominaba, seguí gritando, mientras él se aproximaba, y vi la expresión de odio y de crueldad en sus ojos y en su gesto. Por fortuna para mí, sonaron entonces los silbatos de los policías, muy cerca, eso pareció asustarle, y echó a correr, intentando escapar, cosa que al fin no consiguió...»

Allí terminaba la parte interesante de la declaración. Seguían otros detalles, pero ésos ya los conocía Stuart por referencias. Con gesto algo abatido, se volvió hacia Harry Bentley, que sonreía con tristeza, sin quitar sus ojos de él.

—¿Te das cuenta? —murmuró el abogado—. Eso no figuraba en tus planes, ¿verdad?

—Nunca me habló nadie de ese punto...

—Lo imaginaba. Yo mismo tampoco lo sabía. Fue revisando esos legajos cuando di con esa parte de la declaración. Como ves, sólo ese punto invalidaría ya tus famosas evidencias. Tu testigo actual no puede decir que fueses hacia ella intentando atravesarla con un estoque.

—No lo llevaba —confesó Stuart Dundee—. Era sólo un vulgar bastón...

—Pero el de tu abuelo no lo era. Se comprobó en el proceso. Examiné otros legajos anexos. Figuraba la evidencia del bastón

hueco de tu abuelo, con un estoque dentro. Era lo bastante afilado para ensartar a cualquiera limpiamente. Y aunque no se demostró que fuese exactamente el de los asesinatos, lo cierto es que los forenses admitieron que un arma igual, si no aquella misma, fue la que se utilizó para acuchillar a las víctimas. Fue concluyente la prueba contra lord Selwyn.

—¿Y qué declaró él al respecto?

—Según los documentos de mis abuelos, dijo que era costumbre suya usar un bastón con estoque, para defenderse de algún posible agresor nocturno, puesto que le gustaba salir de noche. Pero respecto a amenazar a la testigo con el arma, no estuvo demasiado convincente.

—¿Qué dijo?

—Que se puso nervioso al oírla gritar como si fuesen a degollarla, y pensó que lo mejor era asustarla primero, aunque luego la explicase la inofensiva intención que le guiaba. Ni corto ni perezoso, desenfundó el acero y fue hacia ella, pero en vez de enmudecer de terror, de implorar o de desmayarse, la mujer siguió gritando con mayor fuerza, hasta atraer allí a los agentes de policía.

—Cierto, no suena muy convincente —tuvo que admitir Stuart—. Sin embargo, es posible que todo fuese como el abuelo dijo.

—Claro que es posible. Pero ni el tribunal ni el jurado lo admitieron así. Fue condenado a muerte y ejecutado, tú lo sabes. Y «El Merodeador» dejó de aparecer por la orilla del río.

—De sobra lo sé, no me lo recuerdes tú ahora —rezongó con disgusto Stuart.

—Desengáñate, amigo mío —suspiró el abogado, poniéndose en pie y apoyando su mano en un brazo del aristócrata—. No juegues a los detectives. Esto es asunto ya viejo. Nadie se acuerda de tu abuelo ni del «Merodeador», salvo algún guionista de cine de tercera fila o algún libro recopilando viejos casos criminales. Pudo ser culpable o inocente, eso nunca se sabrá. ¿A qué remover todo eso? Quién se complica ahora en problemas legales, eres tú mismo. Has tenido suerte con esas tres chicas. No lo intentes más. Ahora ya sabes que hubo un factor que no ha entrado en tu alegre y peligroso juego de revivir al «Merodeador» siquiera fuese simbólicamente: el verdadero usaba un estoque, afiladísimo que podía ir muy bien dentro de un bastón hueco.

—Sí, lo sé. Pero sigo pensando lo mismo; él no fue. Solamente resultó víctima de una fatalidad, de una reacción estúpida y nada más...

—Quizás. Pero tropezaremos con ese aspecto jurídico en cuanto intentemos una revisión del proceso. Nos lo denegarán, Stuart.

—Aun así, inténtalo —dijo pensativo su cliente—. Inténtalo, Harry. Puede que todavía tenga un recurso para convencer a los de Old Bailey...

—¿Qué estás pensando? —Se inquietó Harry Bentley.

—Aún no lo sé exactamente. Tú haz ahora lo que te he dicho.

—*Ahora*, exactamente, no —rechazó el abogado con gesto airado—. Muriel, mi mujer, me está esperando con los chicos. Salimos este viernes, ahora mismo, para el fin de semana. Vamos a Colchester, a casa de mis parientes. El lunes, a primera hora, tendrás la solicitud presentada oficialmente en los tribunales, pero no te hagas demasiadas ilusiones, muchacho. No prosperará, estoy seguro.

—Tu haz tu parte el lunes. Yo haré la mía, entre tanto. Mis saludos a Muriel y a los chicos. También a mí me esperan ahora.

—¿Margaret? —sonrió débilmente Bentley, recogiendo sus papeles en el portafolios.

—Claro. Esta noche vamos al teatro. Antes, cenaremos en algún lugar de Piccadilly Circus.

—Os deseo una noche feliz, Stuart. Y trata de olvidar todo lo demás. Es el mejor consejo que puedo darte. Como abogado... y como amigo.

—Gracias por ambas cosas —sonrió Stuart, evasivo, mientras Harry Bentley abandonaba con él la oficina del abogado en Pall *Mail*, cerrando tras de sí, puesto que sólo ambos hombres habían quedado dentro en aquella tarde del viernes, en que se iniciaba el sacrosanto *week-end* de los londinenses.

Ya en la calle, el hombre de leyes montó en su negro Austin, mientras el joven aristócrata lo hacía en su deportivo Aston-Martin último modelo, en dirección opuesta a la de su amigo y abogado.

CAPÍTULO III

—¿En qué has estado pensando toda la noche, querido?

—Oh, en nada... —protestó Stuart vivamente—. Estaba escuchando a los actores, te lo aseguro.

—Mientes muy mal, Stuart —sonrió ella, con un destello irónico en sus ojos color ámbar—. Te estuve observando durante la representación. Había momentos en los que no tenías la menor idea de lo que sucedía en el escenario.

—¿Cómo puedes decir eso? John Mills estaba excelente en su papel, y sobre todo me entusiasmó en la escena del acto tercero, cuando...

—¿Y la del acto segundo? —le interrumpió Margaret—. ¿Qué te pareció la escena con la dama joven, cuando encuentra el Diario en el secreter?

—Oh, ésa... Es una buena escena, sí. Pero me gustó más en la otra. Tenía más fuerza, más vigor, para mi gusto. Y él estaba más centrado en su papel...

—Eso es obvio, querido —señaló ella con sarcasmo—. Porque en la escena del acto segundo que acabo de nombrarte, John Mills ni siquiera intervenía.

Stuart arrugó el ceño. Miró a su prometida con gesto risueño.

—Conque una bonita trampa, ¿eh? —comentó.

—Para demostrarte que tenía yo razón. No te enteraste de nada.

—Bueno, admito que a veces estuve algo distraído, sí.

—¿Por qué? ¿Pensabas en otra cosa?

—La verdad... sí.

—¿En esa chica de que me hablaste, quizás? —Había un cierto punto celoso en la voz de Margaret, que sorprendió al joven.

—¿Qué? ¿En Connie Sellers? —soltó una breve carcajada, sin dejar de conducir hacia Mayfair, donde vivía su novia—. Cielos, qué tontería. Es una buena chica, una bailarina del *music-hall*, sólo eso.

Ya sabes de qué la conozco...

—Sí, tú me lo dijiste —asintió Margaret—. No te gusta tener secretos conmigo, ¿verdad?

—Claro que no. Sería una mala forma de iniciar nuestra vida en común, querida. Sabes que busco rehabilitar la memoria de mi abuelo. Y que esa chica formó parte de mis intentos, sólo eso. Es la búsqueda de una verdad demasiado vieja y olvidada lo que me preocupa.

—¿Por qué no dejas el asunto en manos de la policía?

—Porque el inspector Thomas, pese a su amistad con la familia, no lo acepta.

—¿Y los tribunales?

—Harry va a intentarlo el lunes, pero hay poca esperanza.

—¿A pesar de tu bailarina? —bromeó Margaret, volviendo hacia él su suave, bello y aristocrático rostro de color alabastro, enmarcado por los cabellos rubio oscuros.

—A pesar de ella, sí —admitió su acompañante con un suspiro—. Hay un factor que yo desconocía.

—¿Qué es?

—Un estoque.

—¿Un... qué?

—Una espada de delgada hoja, oculta en un bastón hueco. Se usaba bastante en otros tiempos. Ni siquiera se me ocurrió pensar en ello.

—¿Tanta importancia tiene?

—Mucha. Es fundamental.

—¿Para ti... o para ese sueño que te has metido en la cabeza de limpiar tu apellido de viejas manchas que no pueden afectarnos a ti ni a mí? —sugirió ella con cierta nota de amargura en su voz.

—Para todo ello, Margaret.

—Creo que estás empezando a obsesionarte con todo eso. ¿No estás yendo demasiado lejos en tu juego?

—No sé por qué, todos os empeñáis en que es un juego —comentó Stuart Dundee, girando su coche hacia Berkeley Street.

—Porque lo es, Stuart. Todos te conocemos bien. Dicen en Londres que tienes demasiado dinero y demasiado poco que hacer. Eso hace que te imaginen excéntrico, caprichoso y dado a buscar diversión en todo, incluso en lo más serio.

—Puede que tengan razón, pero este caso no es así.

—Stuart, no me importa lo que pienses tú, pero empiezo a estar cansada de saber que por las noches juegas al melodrama, asustando a pobres muchachas solitarias. Esa diversión puede terminar mal un día.

—Insisto en que no es una diversión, Margaret.

—¿Qué es, entonces? Tu abuelo descansa en paz, justa o injustamente acusado. ¿No es hora de dejar que los muertos reposen sin más?

—No —la miró pensativo, reduciendo la marcha. Terminó por frenar, ante la residencia señorial de los Harrington—. Bien, hemos llegado, Margaret.

—Te había hecho una pregunta, Stuart...

—Y yo te di una respuesta: no. No, Margaret —se apoyó en el volante, pensativo, como distante—. Los muertos no descansan cuando la verdad no brilla. Mi abuelo debió irse con un tremendo dolor a la tumba, sabiendo que era inocente.

—¿Lo era?

—Pido a Dios que así sea.

—¿Por qué tanto afán? ¿Sólo por el honor familiar? —Ella abrió la portezuela, algo disgustada.

—No. Por ti, Margaret. Y por mí.

—¿Por ti y por mí? —Se detuvo, ya con un pie en la acera. Le miró con profundo interés—. ¿A qué te refieres, Stuart?

—A nuestra boda. A nuestros hijos —le citó Stuart gravemente—. ¿Imaginas lo que podrían resultar ellos... si mi abuelo estaba loco y su obsesión enfermiza le llevaba a matar mujeres solitarias?

—Stuart... —Tembló ligeramente ella—. ¿Piensas en... en una herencia semejante?

—Pienso en todo, Margaret. En todo lo que te afecte a ti —miró hacia la casa, inclinándose sobre el parabrisas, para añadir—: Vamos, sube. Veo luz en la planta alta. Tu padre debe estar despierto aún...

—No, no es papá —rechazó ella—. Es el abuelo Silas.

—¿Tu abuelo? Creí que estaba enfermo...

—Lo estuvo. Parece que va mejor —sonrió Margaret, ya en la acera, mientras él también pisaba el asfalto junto a ella—. Pese a sus ciento y pico de años, sigue fuerte como un roble. Es un caso de

supervivencia y de vigor.

—Ciento y pico de años... —repitió Stuart Dundee, mirando a la luz solitaria que brillaba en una ventana de la planta alta—. Silas Harrington debió de ser un tipo notable. Incluso vivía ya cuando... cuando ahorcaron a mi abuelo...

—Sabía que acabarías diciendo eso —se irritó Margaret, inclinándose para darle un beso fugaz y algo áspero—. Buenas noches, querido. ¿Llamarás mañana?

—Sí, claro. ¿No sales fuera de Londres este fin de semana?

—No, no lo creo. Mi prima Ellen y sus amigas tampoco salen. Creo que iremos a alguna parte, quizás a un concierto o a algún espectáculo deportivo, no sé. Depende de que tú puedas venir también...

—Tengo cosas que hacer mañana. Pero te llamaré, de todos modos —dijo Stuart, ya ante los escalones que conducían a la puerta de entrada a la mansión.

—Lo imaginaba —dijo ella secamente. Abrió la puerta, y se volvió un momento, con frialdad ostensible—. Buenas noches, Stuart. Y que tengas felices sueños... si es que tu obsesión te permite dormir...

Cerró de un golpe seco, no muy ruidoso, pero sí contundente. El joven Dundee regresó a su Aston-Martin. Cuando lo puso en marcha, miró atrás, hacia la luz en la altura, y musitó para sí:

—El viejo Silas Harrington... Más de un siglo de vida. Daría algo por hablar con él un largo rato...

Y se alejó en la noche húmeda y solitaria de la ciudad.

Eran las doce menos escasos minutos, y todo Londres se iba entregando al reposo y la quietud, paulatinamente, con las excepciones propias de la vida nocturna, hecha más para forasteros que para londinenses.

Pero para Stuart Dundee, la noche no hacía sino empezar ahora. Tenía algo importante que hacer. Y estaba dispuesto a hacerlo.

La muchacha giró la cabeza, y empezó a asustarse.

El lugar estaba demasiado solitario y silencioso para que una mujer como ella no llegase a sentir inquietud cuando veía a un hombre solo, siguiéndole los pasos.

Otra cosa hubiera sido si se hubiesen visto anteriormente en un

lugar como «El Gamo y el Cazador», o en el viejo *pub* de Old Peter. Pero no era así. En ninguno de los dos sitios había visto a aquel hombre alto, elegante, de gabán oscuro, cruzado, bombín negro y bastón con empuñadura de plata.

Era normal encontrar clientes en aquellas cantinas. Clientes que pagasen sus servicios razonablemente. Ella no era muy exigente en eso, pero si ellos querían diversión en la cama, con ella la tenían asegurada. Y su tarifa era bastante módica, salvo que el tipo de turno fuese demasiado exigente y reclamase «servicios especiales», que siempre tenían un recargo lógico.

Pero había algo en aquel hombre que no le parecía lo habitual en sus clientes. No era un borracho ni un caballero en busca de aventura amorosa. Sencillamente, la estaba siguiendo.

Y lo hacía justamente desde que ella, cansada en vano de esperar un cliente, había dejado la cantina de Old Peter, lanzándose a la calle. La noche húmeda empezaba a ser demasiado fría, e incluso caían algunas menudas gotas de llovizna que, como un gélido rocío, iban salpicando el asfalto de las zonas portuarias con rapidez, aumentando así su humedad inicial.

Apresuró el paso, deseando hallarse en casa cuanto antes. El hombre también alargó el paso tras ella. Lo notó aun sin volverse. Y eso la hizo sentir todavía más miedo. Bastante más, para ser exactos.

Era una de las zonas menos concurridas del East End, a la altura de la ribera del Támesis, y la noche, además de fría y húmeda, se presentaba también ventosa. Se oía silbar el aire a ráfagas violentas, allá en los *docks*, y la sombra del Puente de Londres, más allá de la Torre, era como una estructura siniestra, destacando sobre el cielo nublado y oscuro. El muelle de la Torre se alargaba desierto y triste ante ella, con el edificio de las Aduanas en medio, y la mujer intentaba dejar atrás Billingsgate Market, en cuyas proximidades había tenido su última intentona con un descargador de muelles que, al final, debió arrepentirse, marchándose sin que el acuerdo cristalizase entre ambos.

Ahora se arrepentía de haber dejado el calorcillo confortable de la cantina, a pesar de sus humos y olor a cerveza agria, para intentar sacar algún dinero en semejante noche.

Si hubiese tomado directamente el camino de casa, en vez de

aceptar la sugerencia del descargador, ya estaría ahora en su calle, virtualmente a salvo de cualquier clase de merodeador.

Pero era tarde para lamentarse. Las cosas eran así, y así tenía que aceptarlas, le gustase o no: El hombre, imperturbable, seguía tras de ella por la acera del mercado, y rodeó éste, sin alejarse ni aproximarse de aquella distancia que parecía ser su norma, y sin parecer hacerla gran caso.

Sólo que ella sabía que era seguida, vigilada. Podía intuir la presencia de aquellos ojos, fijos en ella, bajo el ala rígida y negra del elegante bombín, propio de un auténtico *gentleman*. Los zapatos, que le parecieron charolados, negros y espejeantes a la luz difusa de una farola de alumbrado, pisaban con suavidad el asfalto ennegrecido por la humedad del río. Había lloviznado un corto espacio de tiempo, el suficiente para dar aquel brillo negro a las calles del East End.

También la contera del bastón producía un ruido sordo, monorrítmico, que lograba crisparle los nervios: *tap, tap, tap, tap...*

Cuando llegó a Lower Thames Street, a espaldas del mercado de Billingsgate y del río, no se sintió mucho mejor. La soledad de la calle a uno y otro lado, era absoluta. Y aún tenía que cruzar delante de la oficina postal de aquel distrito, para entrar por Lovat Lane, en busca de Eastchip, su calle. Aquello empezaba a ser ya el corazón de Whitechapel o poco menos, y el barrio distaba mucho de ser tranquilizador o concurrido durante las horas de la noche. Tenía mala fama desde tiempo inmemorial, desde que en el siglo pasado fuera escenario de trágicos asesinatos y horribles aberraciones criminales, pero era una fama que se había sabido ganar a pulso aquel maldito barrio de gentuza como ella misma, pensó la infortunada ramera acelerando todavía más el paso, y buscando desesperadamente la presencia de alguien que pudiese infundirle confianza, la suficiente para acercarse y solicitar su compañía, eludiendo así la del misterioso perseguidor.

Pero no había nadie. Absolutamente nadie. Respiró a fondo, desolada, y rebasó la luz solitaria de la fachada de la oficina postal de Lower Thames Street, caminando con la máxima rapidez posible por Lovat Lane.

Miró atrás, El hombre del gabán negro también la seguía en esa dirección.

Estaba ya francamente aterrorizada. No sabía qué hacer. No podría alcanzar su domicilio, si aquel individuo continuaba tras de ella. Sólo Dios sabía cuáles serían las intenciones del desconocido. Pero no podían ser buenas en modo alguno, pensó con repentino pánico.

El recuerdo de viejas páginas amarillas de la crónica del crimen londinense, vinieron a su mente: El Destripador, El Merodeador, La Estrangulador... Gentes de aquellas callejas, de aquellas zonas despobladas y sombrías... Mujeres. Siempre mujeres como víctimas. Mujeres como ella. Solitarias, indefensas, dedicadas al más viejo oficio del mundo...

Sentía la boca seca, las piernas temblorosas. Echó a correr, angustiada, pensando que era la mejor forma de salir de dudas de una vez por todas.

Su corazón palpitó con furia, casi ahogándola con sus latidos, cuando una ojeada medrosa por encima de su hombro, le reveló la tremenda realidad.

¡El perseguidor también corría tras de ella!

Se negaron sus piernas a seguir corriendo. Flaquearon, y parecieron petrificarse, ponerse rígidas de puro terror. Se afianzó contra un muro húmedo, y notó que esa humedad mojaba viscosamente su espalda, sus desnudos brazos...

Con ojos dilatados por el horror, se quedó mirando a la siniestra sombra oscura que venía hacia ella... y vio destellar, a la luz de una farola, el acero fulgurante, largo y delgado, que emergía como por ensalmo, de la negra caña del bastón.

¡El merodeador empuñaba un estoque con el que podía atravesarla fácilmente de parte a parte!

La mujer chilló, chilló agudamente, incapaz de moverse, de huir, de defenderse o de intentar cosa alguna. El hombre se le vino encima, con el estoque por delante, y se paró ante ella, pareciendo a punto de ensartarla de forma mortal.

Cerró los ojos, sin dejar de emitir chillidos de terror. Una boca enguantada la amordazó. Sintió que los gritos se ahogaban en su garganta. Entonces, abrió los ojos, dilatados por el terror, para enfrentarse a la terrible realidad, para ver sin duda cómo la atravesaba el acero de lado a lado, en manos de aquel sádico personaje.

Se encontró, por contra, con un rostro varonil y agradable, que sonreía amistoso bajo el ala del negro bombín, y un estoque que se apoyaba, inofensivo, en el suelo, como si continuara encerrado en la caña del bastón que ahora yacía a corta distancia.

—¿La he asustado, señorita? —preguntó con voz educada y afable.

Separó la mano de su boca mientras ella asentía vivamente con enérgicos movimientos de cabeza.

—Cielos, sí... —gimió la mujerzuela—. ¿Va... va a matarme?

El sonrió, negando con la cabeza. Su voz siguió siendo cordial y persuasiva:

—Claro que no —dijo—. Por favor, no vuelva a gritar. Nadie quiere hacerle daño...

—Pero usted... usted...

—Yo ¿qué? —sonrió él.

—Me... me seguía. Lleva rato tras de mí.

—¿Y bien? ¿Eso es un delito, es una amenaza acaso?

—No, no... pero me seguía sin hablarme, sin decir nada. Vi algo amenazador en usted.

—¿Amenazador? ¿Por qué? Aparentemente, no iba armado.

—No, pero... la calle está solitaria, no se ve a nadie... y usted me seguía.

—Y sólo eso, pudo aterrorizarla hasta el punto de no poder correr, detenerse y gritar...

—Grité... cuando vi esa espada...

—Es un estoque, señorita. Un estoque enfundado en un bastón. ¿Cómo se llama usted, por favor?

—Sue. Sue Ashton.

—¿Profesión?

—Pues... a la vista está. ¿Qué cree que hago a estas horas por la calle?

—Entiendo. Dice que gritó al ver el estoque...

—Sí...

—¿Pensó que iba a atacarla con él? ¿A atravesar su bonito cuerpo, señorita Ashton?

—Claro. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Por qué pensó tal cosa? ¿Sólo porque la seguía o parecía seguirla?

—Bueno, por eso... y porque al correr yo, usted vino hacia mí con ese estoque fuera de su funda. Era lógico pensar que quería usarlo contra mi persona, ¿no?

—Claro que era lógico pensarlo. Pero imagine otra cosa. Piense que había alguien más en estas calles. Alguien a quien usted no vio.

—No lo creo. Yo no he visto ni oído a persona alguna. Ya lo ve: ni gritando ha acudido nadie.

—Pero podía haber alguien más. Escondido, vigilante, tratando de asaltarla a usted, por ser mujer e ir sola... o a mí, por ir bien vestido e imaginar que llevo dinero, joyas o cosas así. Usted estaba tan aterrorizada conmigo, que pudo pasar por alto la presencia de ese rufián. ¿No es posible ello?

Sue Ashton reflexionó unos segundos. Luego, asintió lentamente, con aire de duda.

—Bueno, posible si es. Confieso que no hubiera visto nada ni a nadie que no fuese usted... y su estoque, señor.

—¿Lo ve? —sonrió él—. Yo soy hombre que gusta de caminar sólo de noche. Además, me gustan las chicas atractivas, como usted. Por eso la seguía. Creí ver a alguien oculto en la sombra, no lejos de usted, sus gritos me alarmaron, y traté de ayudarla, yendo en defensa suya con el arma que siempre llevo, para protegerme de posibles agresores: mi estoque. Usted pensó otra cosa, y se asustó. ¿Lo va entendiendo ahora?

—Sí, ahora sí —respiró hondo, con alivio—. ¿De verdad no piensa hacerme nada? Si lo que quiere son mis joyas, valen muy poco, pero son suyas. Y el dinero que lleve...

—No sea tonta. No sólo no trato de asaltarla, sino que sus palabras pueden haberme sido de mucha ayuda, señorita Ashton. ¿Puede darme su dirección?

¿Para qué la quiere? Si le gusto, puede venir ahora conmigo. O buscarme en el *pub* de Old Peter o en «El Gamo y el Cazador», en Billingsgate...

—Prefiero su casa, señorita Ashton. Es para enviarle un obsequio. Ahora, tome esto como señal de amistad y simpatía.

—¿Qué es? —ella contempló lo que la mano libre del desconocido ponía en la suya.

—Un modesto obsequio solamente.

—¡Pero si son... son cien libras! Cinco billetes de veinte...

—Para usted. Me ha ayudado mucho, sin saberlo. ¿Puede decirme ahora sus señas para ese obsequio, señorita Ashton?

—Claro que sí, Eastchip, número 43. Segunda planta, apartamento B. ¿Por qué hace todo esto? Podríamos ir ahora usted y yo a...

—No, ahora no iremos a ninguna parte. Es todo lo que necesitaba, gracias. Buenas noches, señorita Ashton. Vaya a su casa, deprisa. Hay mucho individuo en la noche que no es tan recomendable como yo ni lleva tan buenas intenciones. Y ahora tiene usted una suma de dinero encima. No corra riesgos.

—Desde luego que no. Me voy rápidamente a casa, se lo aseguro —los ojos de la mujer chispeaban—. Me gustaría verle por «El Gamo y el Cazador» alguna vez. E incluso por casa. Usted es un caballero, y nadie se quejará de que me visite...

—Nos veremos otra vez. Buenas noches, señorita Ashton —sonrió él, guardando la hoja de acero nuevamente en su funda—. Hasta pronto.

—Hasta siempre, mi guapo y generoso amigo —rió ella, alejándose con un contoneo llamativo de caderas.

Stuart Dundee continuaba sonriendo, mientras ella se perdía tras una esquina, en dirección a su casa. De sus ropas, extrajo un pequeño magnetófono y un micrófono con el que había registrado la totalidad de la conversación entre ambos. Satisfecho, comprobó que la grabación era nítida. Lo guardó de nuevo, y dio media vuelta, alejándose hacia el río.

—Esto bastará para que el tribunal acepte el recurso —dijo entre dientes—. Y si no es suficiente, esa chica me firmará su declaración, sin duda alguna... Su alta, estilizada figura envuelta en el negro gabán, se alejó en las callejuelas del East End de regreso a su automóvil, que le esperaba en las proximidades del mercado de Billingsgate.

Había valido la pena hacer revivir de nuevo la sombra del «Merodeador». Ya tenía la evidencia precisa para desarticular una vieja declaración condenatoria. Ningún juez del mundo se negaría ahora a revisar aquel viejo proceso.

CAPÍTULO IV

La mañana del lunes era nubosa, fría y desapacible.

Stuart Dundee regresó a Londres a primeras horas, tras su inesperada ausencia de la capital durante el pasado fin de semana. Una llamada telefónica a su prometida, había bastado para advertirla de su cambio de planes.

Y se había pasado solo, en un tranquilo rincón de Folkestone, todas aquellas horas del grisáceo y lluvioso fin de semana, en un pequeño apartamento alquilado frente a la melancólica costa del Canal, donde los *ferrys* de línea entre Folkestone y Calais hacían su diario recorrido, rodeados por el vuelo de las chillonas gaviotas, a través de un mar plomizo y agitado.

La actividad cotidiana se reanudaba ya en Londres, y atravesando el denso tráfico del centro urbano en City of Westminster, fue a detenerse en la oficina del abogado familiar, Harry Bentley.

Subió a su despacho. Harry ya estaba allí, aunque con gesto ceñudo. Al verle entrar, hizo un ademán muy expresivo.

—Lo siento de veras, muchacho —fueron sus palabras—. Te lo advertí. El tribunal de Old Bailey no admite la solicitud de revisión. No considera suficientes las pruebas. El juez Hawthorne me ha dicho que si se tratase de algo más sólido y convincente, pese a lo irregular del procedimiento, podría aconsejar a sus colegas la revisión de un caso tan antiguo y olvidado. Pero ciertas evidencias que ya te mostré en su día, hacen inútil e inviable el propósito. En suma, querido Stuart, no has probado nada para que los sesudos magistrados de lo Criminal admitan el asunto en Apelaciones.

—Quizás el sábado no había suficiente materia para ello —sonrió enigmáticamente Stuart—. Pero ahora es diferente.

—¿Diferente? —Enarcó sus cejas el abogado, mirándole perplejo—. ¿A qué diablos te refieres, Stuart?

—A esto —puso sobre la mesa una grabadora magnetofónica de pequeño tamaño—. Escucha lo que está grabado.

Lo puso en marcha apretando una tecla. EL magnetófono sólo reveló primero el ruido de pisadas en el asfalto. Un taconeo, unas carreras, el golpeteo de un bastón en el suelo. Luego, ante la perpleja expresión del abogado, comenzaron a sonar las voces de ambos personajes, tras unos gritos de terror femeninos.

Bentley escuchó en silencio. Al final de la grabación, se quedó pensativo, mirando fijamente a su cliente.

—Eso podría estar trucado, Stuart —dijo secamente—. Todo podría ser una trama, una representación. Los tribunales no admiten grabaciones como pruebas.

—Lo sé. Es sólo una evidencia más. La chica que había ahí, corroborará todo eso bajo juramento si es preciso. Sé su nombre y dirección, Harry. Podemos obtener su declaración firmada en cualquier momento. ¿Bastará eso?

—Tú y tus demenciales salidas nocturnas... —se quejó el abogado—. Pueden procesarte por asustar a mujeres indefensas, Stuart.

Lo sé —rió él—. El inspector Thomas ya me ha hablado de eso.

Todo esto es muy irregular, Stuart. La justicia no es un escenario teatral o un plató cinematográfico. Pero ése testimonio puede valer, cuando menos, para que el juez Hawthorne cambie de opinión y admita nuestra demanda. Sólo para eso, claro está. Los jueces deberán dictaminar si la chica que fue testigo hace noventa años, pudo pensar como pensó esa chica cuando fingiste ser un merodeador nocturno y la amenazaste con un arma.

—Es una muchacha de parecida condición, de edad similar... y de la misma profesión que aquella de entonces. Si esto lo dice ahora, en pleno siglo XX, con iluminación eléctrica y sin niebla en las calles... ¿qué pudo pensar entonces una mujer asustada, rodeada de brumas, bajo la luz de gas, y con los terrores de entonces a criminales sádicos y terribles?

—Yo no soy la persona a quien has de convencer, Stuart. Será mejor que vayamos a ver a esa chica a su casa, y comprobemos que quiere firmar una declaración formal corroborando cuanto a ti te dijo.

—Es una buena idea —admitió Stuart—. Vamos allá.

Harry Bentley se inclinó, descolgando el teléfono. Llamó a su mujer, diciéndole que esa mañana no iría a almorzar con ella, y a preguntas suyas sin duda, le explicó que tenía un asunto urgente con lord Dundee. Escuchó, y colgó con un suspiro.

—Muriel empieza a considerarte una especie de plaga familiar —comentó—. Dice que todas las complicaciones nos las creas tú. Pero de todos modos, te envía un saludo cariñoso.

—Muriel es muy comprensiva —rió Stuart entre dientes, camino ya de la salida.

Harry Bentley le siguió, recogiendo su portafolios, y un momento más tarde, el deportivo de Stuart cruzaba Londres bajo la llovizna, con su capota subida.

Fue un largo viaje hasta el East End. Finalmente, alcanzaron Eastchip Street. Harry miró las fachadas de los edificios, mugrientos y rojizos, típicos de Whitechapel en sus callejuelas tortuosas y pintorescas, salpicadas de tiendas de almoneda, casas de empeños y tabernas.

—Allí es —señaló Stuart a un edificio rotulado con el número 43, no mucho mejor que los demás de la calle, y compuesto de tres plantas, color negruzco, con los rebordes de puertas y ventanas pintados de blanco, muy en la tradición británica.

—Mira, hay un coche de la policía parado junto al edificio —señaló el abogado, mostrando un negro coche-patrulla de Scotland Yard.

—No es infrecuente en estos barrios —sonrió Stuart—. Acostumbra a vivir en ellos gente muy especial...

Detuvo el coche ante la puerta del edificio. Saltó a la acera, y el abogado lo hizo tras él. Entraron en el portal, y se dirigieron a la escalera. Un agente uniformado emergió de las sombras del fondo y les detuvo:

—Esperen. ¿Adónde van, por favor?

Stuart Dundee frunció el ceño. Era un *policeman*, fornido y pelirrojo, que les saludaba respetuoso pero enérgico. Fue Harry quien respondió:

—A la segunda planta, agente. Vamos a visitar a una señorita amiga nuestra.

—¿Segunda planta? —El policía meneó la cabeza, dubitativo—. ¿Puede darme el nombre de la persona a quien van a visitar?

—¿Pero qué ocurre, agente? —se interesó Stuart con viveza.

—Son órdenes, señor. Lo siento —se excusó el policía.

—Está bien. —Harry mostró sus documentos—. Soy abogado. Esa señorita a quien vamos a visitar es un testigo importante para un asunto judicial. Se llama Sue Ashton y tiene arrendado un apartamento en la segunda planta...

—¿Sue Ashton? —repitió el policía, pensativo. Hizo un gesto hacia la escalera—. Bien, suban.

Harry y Stuart cambiaron una mirada. Iniciaron el ascenso por la vieja escalera. El agente se asomó por el hueco y avisó arriba:

—¡Eh, Ian, avisa al inspector! Suben dos caballeros...

De nuevo se miraron entre sí los dos, sin dejar de subir escalones. Otro *bobby* había asomado su rostro y su negro casco por el hueco, desapareciendo luego.

Llegaron a la segunda planta. Allí estaba el *policeman* que vieran asomar. Y no estaba solo.

En la puerta abierta de uno de los apartamentos, asomaba ahora un rostro harto familiar para Stuart Dundee. Ambos hombres se pararon en seco.

—Adelante —invitó cordialmente el inspector Thomas—. Están en su casa, amigos míos. ¿No venían al apartamento de Sue Ashton? Bien, pues éste es. Pueden entrar.

Perplejo, Stuart dio unos pasos adelante. Observó, de reojo que, efectivamente, la puerta mostraba una cartulina con el nombre de Sue escrito a mano, dentro de un rectángulo de latón dispuesto al efecto. Era el apartamento B.

—Inspector... —Una rara aprensión invadió al joven aristócrata de repente—. ¿Quiere decirme lo que está ocurriendo aquí?

—En un momento, Stuart —asintió el policía—. ¿No entras a ver a tu amiga? ¿Y usted, abogado Bentley?

—Yo no la conozco aún, pero Stuart sí, inspector —habló Harry—. Venimos a hablar con ella de un asunto legal. ¿Le ocurre algo? ¿La han detenido por alguna causa concreta?

—¿Detenerla? —El inspector Thomas sacudió la cabeza—. Oh, no, nada de eso. Por desgracia, nadie puede detener ya a esa joven.

—¿Qué quiere decir? —Se sobresaltó Stuart, dando un paso hacia él.

—Si conocías a esa chica, Stuart, lo siento mucho —le espetó el

policía, mirándole fijamente a los ojos—. Tendrás que verla en la Morgue, no aquí. La mataron.

—¿Qué? —Palideció intensamente el joven.

—La mataron en la madrugada del viernes al sábado —puntualizó el inspector gravemente, sin pestañear—: Fue atravesada a la altura del estómago y del corazón por un arma blanca, posiblemente un estoque muy afilado, Stuart.

—¿Es ella?

Stuart mantuvo alzada una punta de la sábana sobre el rígido cadáver, frío y céreo.

Luego, dejó caer la tela, respiró hondo y movió afirmativamente la cabeza.

Sí —dijo roncamente—. Es ella.

Gracias —el inspector hizo un gesto al funcionario del depósito, y éste volvió a deslizar el cuerpo dentro del frigorífico, cerrando luego la puerta. En la aséptica y gélida sala, hubo un silencio tan glacial como la piel de la infortunada buscona—. Vamos ya. Hemos visto todo lo que había que ver aquí. Este lugar me produce escalofríos. Y no es por la temperatura precisamente...

Salieron de allí en silencio. Ninguno habló hasta estar fuera del depósito de cadáveres de la ciudad de Londres, ya bajo la luz nublada y turbia de aquel lunes sombrío y lluvioso.

—Bien —el inspector Thomas hizo un gesto—. Vamos al Yard, por favor. ¿Les llevo? Un agente nuestro conducirá luego sus coches hasta allí.

—¿Eso quiere decir que prefiere llevarnos en su coche que dejarnos seguirle en los nuestros? —sugirió maliciosamente Harry Bentley.

—Pues... sí, la verdad —suspiró el policía—. ¿Les importa acaso?

—No, ¿qué más da? —Se encogió Dundee cansadamente de hombros—. Vamos allá.

Subieron al coche oficial. Se sentaron atrás, con el inspector y un agente de uniforme sentados en el asiento delantero. Este último conducía. El inspector les miró, pensativo, por el retrovisor.

Rodaron hacia New Scotland Yard. La lluvia se iba haciendo más y más densa. Stuart contemplaba ceñudo, ensombrecido, el feo aspecto de la mañana londinense.

—¿Conocías mucho a esa chica, Stuart? —se interesó de pronto, suavemente, la voz del inspector.

—No, no mucho —eludió el joven aristócrata.

—Era una furcia —señaló el policía sin muchos rodeos—. ¿Era una relación íntima, de tipo... sexual?

—No —negó Stuart secamente.

—Es raro que un hombre de tu condición social se relacione por otros motivos con una... una de su clase.

Y más raro aún que la visites en compañía de tu abogado.

—Eso no tiene nada que ver. Harry me acompañaba solamente para que ella...

—Espera, Stuart —le cortó de repente Bentley, con un destello astuto en sus ojos. Miró al policía, y puso su mano firme en el brazo de su joven cliente—. Inspector, ¿puedo aconsejar legalmente a mi cliente en éstos momentos?

—Claro —se encogió de hombros el policía—. Es lo reglamentario, ¿no?

—¿Aconsejarme? —se extrañó Dundee—. ¿De qué?

—Stuart, creo que el inspector está jugando con una carta escondida en la manga. No creo que debas responderle nada que te pueda comprometer en el futuro.

—Pero, pero el inspector no me ha acusado de nada, Harry.

—*Todavía* no —señaló agudamente Bentley—. Pero, o mucho me equivoco, o su interés en llevarnos en su propio coche, sin perdernos de vista, tiene un móvil. Inspector Thomas, ¿qué está planeando, exactamente?

—Es usted muy desconfiado, Harry —sonrió duramente el policía.

—Mucho. Y me va muy bien en mi oficio. Insisto, ¿está mi cliente libre de toda sospecha o acusación?

—¿Por qué supone que ha de estar implicado en esto? —Se revolvió Thomas con acritud—. ¿Qué me están ocultando ambos? Recuerde, abogado Bentley, que su profesión sólo le da derecho a defender legalmente a su cliente, pero nunca a inmiscuirse en los caminos de la ley, dificultando el cumplimiento de ésta. Si oculta alguna prueba o evidencia, su obligación es informar de ella, o incurriría en delito de encubrimiento y podría ser expulsado del ejercicio de su carrera.

—Inspector, ¿a qué viene todo esto? —protestó vivamente Stuart—. Yo no tengo nada que ocultar, y Harry menos aún. El solo me acompañó hoy para...

—¡Calla! —le cortó de nuevo Bentley—. No sigas, Stuart. Tienes derecho a permanecer callado hasta que se te interrogue de forma legal, en presencia mía. Es la ley.

—¡Pero el inspector no me acusa de nada aún, Harry! Estás complicando las cosas —se volvió a Thomas, y captó su fría mirada fija en él—. ¿Qué sucede, inspector? ¿Es que, realmente, piensa acusarme de algo?

—Lo siento, Stuart —suspiró el policía lentamente—. No me gusta hacer esto, pero tu abogado tiene razón. El es un viejo zorro que intuye las cosas. Debo advertirte que, momentáneamente, estás arrestado, como sospechoso de homicidio.

—¿Qué?

—Y que cuánto hagas o digas podría ser utilizado en contra tuya. De momento aún no es más que una sospecha, entiéndelo bien, no una acusación formal.

—Pero tendrá que formularla en un plazo legal, o tendrá que soltar a mi defendido —avisó Bentley secamente.

—Lo sé muy bien, abogado —dijo Thomas con sarcasmo—. Si hay motivos para ello, acusaré a Stuart Dundee de homicidio, y lo entregaré al Fiscal de la Corona, no lo dude.

Ahora ya sabes cómo están las cosas, hijo.

—Es... es, un disparate. Yo no he matado a nadie, y usted lo sabe.

—No sé más que lo que he podido averiguar.

—¿Y qué ha ido eso, para que me acuse a mí de semejante atrocidad?

—Hay varios detalles, querido Stuart —enumeró fríamente el policía—. Primero tu prometida, Margaret Harrington, llamó a tu casa varias veces en la noche del viernes, tras dejarla tú en su casa, después de ir al teatro. No respondió nadie. Cuando se puso al fin tu mayordomo Hasper, dijo que no estabas.

—¿No puede uno pasear por ahí o irse a un club nocturno hasta bien entrada la madrugada, sin que ello signifique delito?

—Hay más, Stuart: a esa chica, a Sue Ashton, la asesinaron en su domicilio la madrugada del viernes al sábado, entre doce y dos de

la madrugada. El asesino la atravesó por dos veces, mortalmente, justo en la puerta de su apartamento.

—¿Y qué? —protestó Stuart.

—Hemos visitado tu domicilio en tu ausencia. Hasper nos informó de que habías pasado por allí solo para recoger unas cosas, en la madrugada del sábado y ausentarte este fin de semana, con rumbo desconocido. Recogimos unos bastones de tu biblioteca. Uno de ellos tiene un estoque enfundado. Y llevaba tus huellas muy claramente impresas, aunque en ciertos puntos, algo las había borrado, quizás unas manos enguantadas al empuñar durante cierto tiempo el bastón.

—Ya. Y supongo que estaría empapado en la sangre de Sue Ashton —dijo zumbonamente Stuart.

—No, eso no. Está totalmente limpio. No ibas a ser tan tonto, amigo mío. Lo cierto es que ese estoque era de reciente adquisición. Hallamos la tienda que te lo vendió, porque figuraba su nombre en la madera. Es una tienda de lujo en Oxford Street, especializada en bastones originales. Tú lo adquiriste el mismo viernes por la mañana.

—¿Eso es un delito?

—Claro que no. Por sí solo, no. Pero es significativo.

—¿En eso basa todas las pruebas contra Stuart Dundee? —preguntó acremente Harry.

—No, no sólo en eso. Hay más: una evidencia aplastante.

—¿Cuál? —quiso saber Stuart.

—Alguien dio esa noche del viernes a la chica un rollo de billetes de veinte libras. Exactamente cinco billetes. Cien libras, Stuart. Una buena suma para una fulana de la categoría de esa pobre Sue Ashton. Un generoso cliente o amigo, sin duda. Lo malo es que, al darle el puñado de billetes, su donante no advirtió que, entre ellos, iba una localidad, una entrada de un teatro del centro, donde se representa una obra con John Mills en la cabecera del reparto... y que tú y tu prometida fuisteis a ver la noche del viernes, precisamente.

—Ya. —Stuart clavó sus fríos ojos en el policía—. ¿Qué localidad, exactamente?

—Una de las dos que ocupasteis Margaret y tú: fila tres, número siete. El número nueve era el de Margaret, según ella misma me ha

declarado. Es obvio, querido amigo, que *sólo tú* pudiste dar cien libras esa noche a Sue Ashton.

—Eso tampoco es un delito, inspector.

—No. Pero revela que estuviste con ella en la noche en que la mataron. Y tú adquiriste ese día un bastón con estoque. Demasiadas coincidencias, ¿no te parece? Cualquier jurado podría condenarte con ellas. Pero yo no soy el jurado, sino un simple funcionario de la policía que tiene la mala fortuna de ser amigo tuyo. Y, pese a ello, debe actuar como policía y no como amigo, porque la Ley es igual para todos.

—No pienso negar nada de cuánto usted ha dicho, inspector.

—Stuart, no sigas hablando —avisó el abogado con energía—. Te puedes comprometer muy seriamente. Mi consejo legal es que guardes silencio y...

—¡Al diablo con los consejos legales! —protestó vivamente Stuart, malhumorado—. El inspector sabe lo que yo he estado haciendo en estos últimos tiempos. Sabe que he seguido a ciertas chicas, para obtener evidencias de que un viejo proceso fue falseado en su significado real, conduciendo a un hombre a la horca...

—Sé todo eso, Stuart. Y te avisé de lo peligroso que era seguir el juego —se irritó el inspector—. Un día podía suceder lo peor. Y ha sucedido. Primero buscaste a otra chica, la asustaste con tu estoque, buscando sin duda un testimonio de peso, y hasta le diste dinero para compensarla del susto. Pero ella debió de enfurecerse, gritó o quiso escandalizar, tú pretendiste asustarla de nuevo para que no gritase, y sin apenas darte cuenta, le clavaste el estoque fatalmente, matándola en el acto. Habías ido demasiado lejos, y lo sabías. Por eso has ido hoy allí con tu abogado, a ver si podías resolver algo, tras dos días de atormentarte fuera de Londres, pensando cómo resolver el asunto lo mejor posible. Pero hay veces en que el dinero, el prestigio y la condición social no sirven para nada, Stuart. Un delito es un delito, lo cometa un rufián de los bajos fondos o un aristócrata de Mayfair, ¿entiendes?

—Lo entiendo muy bien, inspector —sonrió Dundee con sarcasmo—. Después de todo, no es la primera vez que un Dundee es acusado por algo que no hizo. ¿Qué espera, enviarme también a mí a la horca?

—Yo no envío a nadie a ninguna parte. Cumpló con mi deber,

eso es todo. Además, hoy en día no existe la pena de muerte. Estás dramatizando, Stuart.

—¿Le parece dramatizar que me pudra durante treinta años en un presidio, por algo que hizo otro? ¿No se da cuenta de que alguien ha estado vigilándome, alguien a quien sin duda no le interesa que yo descubra la verdad, y ese alguien ha matado luego a Sue Ashton para comprometerme?

—Eso es un disparate. ¿Quién podría tener interés en ese asunto de hace casi un siglo, salvo tú mismo, con tu maldita obsesión?

—Piense un poco, inspector. Piense... y quizás de con la respuesta. Igual que existo yo, nieto de un hombre acusado y ejecutado por algo que no hizo, puede existir alguien más: quizás el nieto del «Merodeador del Támesis», ¿no lo entiende?

CAPÍTULO V

—Harry, ha sido una locura. ¿Por qué lo hiciste?

—Lo siento, Margaret. Era algo que tenía que hacer. Me lo he propuesto a mí mismo. Y ahora estoy más seguro que nunca de que voy por el buen camino.

—¿Llamas buen camino a verte como sospechoso de homicidio, provisionalmente libre, pero bajo la amenaza de una posible acusación formal en cualquier momento, con órdenes estrictas de que no abandones Londres bajo pretexto alguno?

—Es lo mejor que podía sucederme, dadas las circunstancias —suspiró Stuart—. El inspector Thomas no ha querido encerrarme todavía, pero sé que es cuestión de días o sólo de horas, que vengan a arrestarme. Yo no me refería a eso, Margaret, sino al hecho de que al fin he logrado que alguien salga de la oscuridad y de un golpe. La persona que mató a esa chica me estaba vigilando la noche del viernes, vio lo que hacía, y lo utilizó en su propio beneficio.

—Pero ¿por qué haría nadie algo así? —se quejó ella.

—Muy sencillo, Margaret. —Stuart Dundee se mostró seguro de sí—. También «El Merodeador» era un ser humano. Y como tal, tendría otra identidad, la suya real. Como persona, tuvo hijos sin duda. Luego habría nietos... Y uno de ellos, igual que yo busco la inocencia de mi abuelo, busca él dejarlo todo tal como está.

—¿Crees que el nieto del asesino se enfrenta a ti? —Mostró ella su estupor, abriendo mucho sus limpios ojos ambarinos, fijos en él—. Eso es absurdo, querido...

—No tanto. Uno lucha por una cosa. El otro por otra.

—Pero ¿cómo pudo saber nadie que tú estabas buscando rehabilitar la memoria de tu abuelo Selwyn?

—Eso es lo más sorprendente —dijo Stuart con calma—. Ello me indica algo.

—¿Qué?

—También «El Merodeador» era alguien importante en Londres, alguien de la buena sociedad, un apellido ilustre, sin duda alguna.

—¿Por qué supones eso?

—Porque la persona que desciende de ese criminal, tiene que conocerme forzosamente, para saber lo que yo estoy haciendo. Y si me conoce, es que es de nuestro propio círculo social.

—¡Eso es fantástico, Stuart! —se asombró su prometida.

—¿Por qué había de serlo? ¿No fue acusado nada menos que un lord de asesinato, y ahorcado por ello, en 1896? Mi abuelo, lord Selwyn, era un hombre social y económicamente brillante. ¿No podía ser alguien semejante el verdadero «Merodeador»?

—Eso es sólo una suposición tuya, Stuart...

—Quizás. Pero tiene su lógica. ¿Crees que una persona vulgar, de una familia oscura, se preocuparía demasiado por el honor de un abuelo, llegando hasta el asesinato para impedir que se rehabilitase a un inocente?

—La verdad... no creo.

—Sin embargo, es lo que ha hecho quien atravesó con el acero a esa pobre chica. Fue demasiado lejos. Por tanto, ha de ser alguien muy interesado en que su apellido y su familia no corran el menor riesgo de verse manchados por el deshonor.

—Alguien que, evidentemente, *sabe* que su abuelo era un asesino —puntualizó ella, pensativa.

—Exacto. Y algo peor tal vez: alguien que ha heredado la locura asesina de su antepasado... Lo cual significaría que, por pretender descubrir una antigua verdad... he desenterrado un morbo, una paranoia criminal en alguien... De eso sí que me siento responsable, Margaret.

—Creo que todo esto no es sino una locura que se te ha metido en la cabeza y... —Margaret se interrumpió, al entrar en la estancia alguien con paso tardo y dificultoso. Ella se incorporó del sofá donde tomaba el té con Stuart, ante las vidrieras de su gabinete, asomado a Berkeley Street, y el joven aristócrata la imitó, cuando ella saludaba dulcemente—. Abuelo... ¿Qué haces tú por aquí ahora?

—Mi querida Margaret, no estoy tan incapacitado como para permanecer día y noche en esa maldita habitación de arriba, leyendo a Kipling o contemplando mis fotografías de la guerra bóer

y todo eso —rió jovialmente el hombre de asombrosa vejez que acababa de entrar en el gabinete con su caminar pesado y poco seguro.

Stuart contempló admirado a aquel hombre de cabellos blanquísimos y escasos, de ralo bigote igualmente blanco sobre sus labios salpicados de verrugas, y rostro rugoso, en el que brillaban todavía, con rara vitalidad, un par de menudos y vivaces ojos azules.

El abuelo de Margaret, Silas Harrington, con sus ciento dos años auestas, era un hombre insólito, capaz aún de rebelarse contra los achaques y de su edad, y creerse todavía el viejo militar de las gloriosas campañas victorianas en Egipto o en la India.

—Abuelo, ven y siéntate —le invitó ella con ternura, tomándole de una mano rugosa pero fuerte—. Hace un mal día y podrías coger frío andando por ahí...

—¿Frío? —Gruñó el anciano—. ¡Si en esta maldita casa hace un calor insoportable, con tanta calefacción y todo eso! ¡En mis tiempos era más sano, con sólo el fuego de los leños en la chimenea! Claro que entonces no éramos tan cómodos ni tan frioleros como sois ahora los jóvenes, criatura...

Margaret no pudo evitar una breve risa. Stuart se quedó mirando al anciano, y éste, rechazando sentarse con un enérgico movimiento de cabeza, clavó a su vez los ojillos azules y limpios en el visitante.

—Vaya, si está aquí el querido muchacho Stuart —dijo, vivaz, tendiéndole una mano que Dundee apretó con calor—. ¿Cómo van las cosas, hijo?

—Regular solamente —sonrió Stuart, admirado de la capacidad vital de aquel hombre con más de un siglo sobre sus espaldas—. Como usted dice, los hombres de ahora ya no somos de su estirpe, señor Harrington. Esta humedad y este frío casi me hacen coger un fuerte resfriado. Claro que Scotland Yard no es tan confortable como su casa...

—¿Scotland Yard? —refunfuñó Silas Harrington—. ¿Visitas esos lugares? Bah, son basura. Polizontes y gentuza. Nunca me gustaron.

—A veces uno visita ciertos sitios contra su voluntad —rió Dundee.

—No me digas que te detuvieron. ¿A quién arrollaste con tu coche, hijo?

—A nadie. —Stuart no podía evitar la sonrisa con las ocurrencias del anciano—. Pero piensan que hice algo malo, eso es todo. Dejemos de hablar de todo eso. No son temas agradables de conversación.

—Bah. Detesto los temas agradables, muchacho. Me gusta conversar de cosas interesantes, no de bobadas. La gente de nuestra sociedad me reventó siempre, maldita sea toda.

—¡Abuelo! —le reprendió Margaret cariñosamente.

—Es la pura verdad, hija. Todos parecen santos, y aburren a las ovejas. Yo nunca oculté a nadie que también una vez me tuvieron en Scotland Yard, a punto de meterme en una celda. ¿Y sabes por qué?

—No puedo imaginarlo. ¿Tal vez insultó a un policía?

—Tendría que haberles insultado a todos, malditos sean. Me arrestaron como sospechoso ¡de un crimen!

—¿Un crimen? —Pestañeó Stuart, realmente asombrado.

—Vamos, abuelo, deja eso. —Margaret se mostró de pronto violenta y casi hosca con su anciano ser querido—. Son viejas historias que a nadie interesan.

—Mujeres... —Gruñó él. Sus ojillos azules buscaron maliciosamente el rostro y la mirada de Stuart—. ¿Tú opinas igual que ella, hijo? ¿Crees que son viejas historias sin interés las que yo pueda contar?

—No, claro que no —se apresuró a negar Dundee—. Y menos si hay un crimen y todo por medio... Adelante, señor Harrington, soy todo oídos...

—¡Oh, Stuart, a veces resultas odioso! —Se enfureció ella de pronto, cruzando airadamente la salita y desapareciendo en el vestíbulo con la cabeza muy erguida.

El anciano rió, sonándose con un pañuelo ruidosamente. Aferró al sorprendido Dundee por un brazo, y le obligó a seguirle hasta el ventanal, mientras hablaba, incansable, con su voz cascada pero segura:

—Déjala, muchacho. Todas son iguales. Mi difunta mujer no era mucho mejor que tu adorada Margaret. Ya verás lo que es el matrimonio y todo eso... Pero hablemos de ese crimen. Veo que te ha interesado. Tú sabes lo que realmente puede ser un buen motivo de conversación. Al menos, aún eres libre para elegirlo... ¿No sabías

que me acusaron una vez de... de matar a una chica?

—No. —Stuart contempló estupefacto al viejo Silas Harrington.

—Así de estúpidos son a veces los policías, muchacho-resopló el anciano, paseando por la estancia con aire enfurecido. —Por el simple hecho de que yo era un noctámbulo impenitente, me gustaban las chicas fáciles y me emborrachaba con todas ellas lo más frecuentemente posible, pensaron que yo había matado a una tal Stella No-Sé-Cuántos, a quien un chiflado liquidó cerca de Grosvenor Road, en Pimlico.

—¿Junto al Támesis?

—Eso es. Junto al Támesis —los ojos azules, con más de un siglo de luz y de vejez, se fijaron en él con cierta astucia—. Era una fulana imponente, hijo. Rubia, con unas tetas como cántaros y un trasero descomunal. Me hizo muy feliz varias veces en aquellos días. ¡Vaya hembra que era la tal Stella en la cama, por todos los diablos! Y algún hijo de zorra la acribilló a puñaladas.

—¿Puñaladas?

—Bueno, eso dijo la policía. Yo vi el cadáver, y hubiera jurado que la pobre cayó en manos de un espadachín loco. La habían atravesado a estocadas. Algo horrible, hijo. Y los muy imbéciles me acusaron a mí, ¡a mí!, de semejante felonía.

—Ha dicho usted... *estocadas*, señor Harrington.

—Sí, eso dije —las azules pupilas brillaron extrañamente—. No le dieron la menor oportunidad de librarse. Estaba contra un muro, no lejos de un matadero. Pero como al tipo matarife no lograron colgarle el sambenito, no se les ocurrió otra cosa que buscarme a mí. Yo por entonces era muy conocido en ciertos medios, ¿entiendes? —rió burlonamente.

—Sí, pero ¿por qué acusarle a usted?

—¿Y yo que sé? Ni ellos siquiera lo sabían, pero al saber que era mi querida, pensaron que me volví loco y la acribillé a espadazos. Por entonces había un asesino chiflado que mataba mujeres, y pensaron que era yo.

—¿Y cuándo fue eso?

—Oh, tengo mala memoria para las fechas, muchacho. Yo diría que allá por el final del siglo. Antes del 1900, sí. Quizás... quizás en 1895. Tal vez más tarde, no sé cuánto...

—¿Pudo ser... en 1896? —sugirió Stuart, muy interesado.

—Sí, ¿por qué no? Seguro que fue en ese año. ¿Por qué lo dices, hijo?

—Hubo por entonces un asesino famoso... «El Merodeador del Támesis»...

—Ése, ése fue... Ése fue el tipo con el que me confundieron. Me llevaron detenido a Scotland Yard. Me interrogaron como si fuese un verdadero criminal. Pero se tuvieron que conformar con soltarme, dando toda clase de disculpas, cuando comprobaron que yo no podía ser el asesino. Luego, algo más tarde, supe que habían cogido al verdadero culpable... y que llegaron a ahorcarlo. Pero eso ya no me preocupó demasiado. Eran otros tiempos. Y a mí me gustaba sólo la vida alegre, las chicas, el juego y la bebida... Infernos, ésos sí que eran tiempos felices...

Stuart Dundee le miraba con profundo interés, casi sin oír sus pintorescas imprecaciones. Se limitó a comentar, rompiendo el hilo del anciano:

—De modo que usted fue contemporáneo del «Merodeador»... e incluso fue confundido con él... Y una de sus amigas fue asesinada por ese monstruo...

—Pues sí, muchacho —le estudió ahora a su vez el anciano, con aire perplejo—. ¿Por qué te interesa tanto ese asunto? Hace casi un siglo de todo ello...

—Porque el hombre que fue ahorcado, acusado de ser «El Merodeador», señor Harrington, era mi abuelo, lord Selwyn Dundee.

Siguió un silencio en el gabinete. La lluvia corría por las vidrieras del ventanal asomado a Berkeley Street. Había algo de melancolía, de tristeza, en todo el escenario de la charla. El gabinete con sabor a Victoriano, la calle, la lluvia, el cielo plomizo... y un hombre de más de un siglo, recordando una vieja historia que a Stuart casi le obsesionaba.

—Entiendo. —Silas Harrington paseó despacio hasta las vidrieras y vio pasar los automóviles bajo la lluvia, como alguna vez, setenta u ochenta años antes, vería desfilar los aristocráticos calesines y fiacres de su tiempo—. Es una extraña coincidencia, muchacho. De veras lo siento. Supongo que él... que él tampoco era el verdadero culpable...

—Supone bien. No lo era. Estoy tratando de averiguar, de saber

quién pudo ser en realidad. Pero es una historia vieja, muy vieja...

—Demasiado vieja —suspiró el abuelo de Margaret tristemente. Incluyó la cabeza y se dejó caer pesadamente en un asiento—. Como yo. Como mis recuerdos... Todo es ya tan viejo en mi vida... Margaret tuvo razón. Quizás no debí, hablar de todo esto...

—¿Por qué no? —Stuart le miró pensativo—. Usted es posiblemente la única persona viva en Londres que puede hablar del «Merodeador» como de alguien a quien pudo conocer. ¿Qué edad tenía usted entonces?

—Bueno... Digamos que unos veintitantos años... Veintiséis, creo. Sí. Ahora tengo ya... ciento dos. Ciento dos, muchacho, ¿te das cuenta? Demasiados ya...

—Tengo la teoría de que el criminal tuvo que ser alguien de la mejor sociedad inglesa. Es sólo una teoría, señor Harrington, pero tiene ciertos fundamentos. Usted, imagino, no recordará a nadie en su círculo social, que pudiera ser realmente ese asesino...

—Pues... nunca se me ocurrió pensar en algo así —la sorpresa parecía sincera en el viejo rostro arrugado. Meneó la cabeza, dubitativo—. Pero lo cierto es que siempre tuve la sospecha de que alguien intentaba cargarme con aquellas culpas, ¿sabes? Alguien que sabía de mis relaciones con aquella moza rubia... Sí, es posible que fuese alguien a quien conocí, pero ¿quién puede ahora recordar detalles de un tiempo tan lejano? Yo podría revisar mis viejos apuntes, mis recuerdos y notas, pero...

—Papá, ¿no crees que es más de lo que te está permitido? —Sonó una fría y áspera voz en la puerta del gabinete.

El anciano se interrumpió. Stuart giró la cabeza, disgustado por la interrupción que rompía el hilo de los viejos recuerdos amarillentos de Silas Harrington.

Un hombre vigoroso, de cabellos canosos, cuidadosamente peinados, bigote bien cuidado y un sobrio traje gris, se hallaba en la puerta, mirando con cierta hosquedad al abuelo de Margaret. Junto a él, se hallaba ésta, también severa.

—Oh, sí, hijo, perdona —se excusó el anciano, poniéndose en pie como si la presencia de su hijo, el padre de Margaret, le coaccionase fuertemente—. Pero estaba un poco harto de permanecer arriba, siempre sentado, siempre leyendo o escuchando música...

—Sin embargo, recuerda lo que dijo el doctor. Es lo más prudente, cuando el invierno se avecina —le avisó su hijo—. Es un día desapacible. Se está mejor arriba que deambulando por aquí. No debes fatigarte ni correr el riesgo de un enfriamiento, papá.

—Claro, claro —asintió el viejo Harrington cansadamente—. Perdonadme todos. Me vuelvo arriba. Adiós, muchacho. De modo que buscando al «Merodeador» después de casi cien años, ¿eh, hijo? Te va a ser difícil, muy difícil, llegar a alguna parte, te lo digo yo...

Y con un suspiro, abandonó el gabinete, seguido por la mirada de su hijo y nieta. Se perdieron sus pisadas lentas en la escalera ascendente. Cuando cesaron de sonar, ambos se volvieron hacia Stuart. Margaret fue la primera en comenzar los reproches:

—Stuart, eres un inconsciente. Deberías haberle convencido tú, en vez de inducirle a hablar tonterías. El no puede fatigarse así.

—No habló tonterías —negó Dundee, algo seco—. Sus palabras tenían sentido.

—Quizás, Stuart, pero tanto Margaret como yo tenemos que velar por él. Tiene demasiados años para saber lo que le conviene —terció Horace Harrington con tono conciliador—. Por eso a veces parecemos un poco duros con él. Ya sabes, los hombres de edad se vuelven difíciles como los niños. E igualmente de desobedientes...

—Es posible. Lo siento, Horace. No quise dificultarles las cosas.

—Lo creo. Pero Margaret me ha dicho que estás en dificultades por esa obsesión tuya...

Has hablado con papá de ello. Ese «Merodeador» que vivió hace casi ochenta años... ¿Tiene algún sentido andar a la caza de viejos fantasmas, Stuart?

—Para mí, sí.

—¿Hasta el punto de no preocuparte siquiera de mí, de estar mezclado en un horrible asesinato, y ser considerado sospechoso del mismo por parte de Scotland Yard? —le reprochó vivamente su prometida con gesto dolido.

—Margaret, a ti y a tu padre no os gustaría que en esa época, tu abuelo Silas hubiera sido condenado por algo que no hizo, como estuvo a punto de sucederle. Ése es el caso. Y ahora, el asesinato de una pobre ramera, me ha demostrado que estoy en lo cierto. Yo quiero saber la verdad. Y hay alguien empeñado en que no lo haga.

—Stuart, ya es bastante desagradable para mi hija el haber

tenido que saber por los diarios que te mezclan con una vulgar prostituta, que tenía dinero tuyo en su bolso... —terció gravemente Horace Harrington—. No soy un puritano ni te voy a reprochar una cana al aire, pero por respeto a tu próximo matrimonio, deberías...

—Horace, yo nunca hice nada indigno contra Margaret —cortó Stuart secamente—. Le di ese dinero a la chica por una cosa muy distinta a lo que imaginan. La necesitaba como testigo para solicitar una revisión del proceso. Y alguien lo evitó.

—Es una historia difícil de creer —objetó ella fríamente.

Stuart la miró con gesto dolorido. Luego, habló con voz ronca:

—¿Ésa es tu confianza hacia mí, Margaret?

—Lo siento. No me das margen para pensar de otro modo.

—Está bien —alargó el brazo y tomó su gabardina—. Creo que es mejor no discutirlo ahora, querida. Hablaremos de ello en otra ocasión, con mayor serenidad. Lamento todo esto. Buenas tardes, Horace. Hasta otro día, Margaret.

Y ante la expresión fría y distante de ella, ni siquiera intentó besarla como tenía por costumbre. Sencillamente, abandonó la casa de Berkeley Street, y su coche deportivo se alejó rápido bajo la lluvia, momentos después.

Horace y su hija, en silencio, contemplaron su marcha desde el ventanal. Había regueros de lluvia, como lágrimas en los cristales.

Y había lágrimas como lluvia, corriendo por las mejillas de Margaret Harrington, mientras su prometido, se perdía hacia Piccadilly.

CAPÍTULO VI

—¿Té, café, *brandy*?

—Brandy, por favor, Muriel —sonrió Stuart Dundee, mirando con simpatía a la esposa de su abogado—. Creo que necesito un estimulante fuerte.

—¿Sólo tú? —Gruñó Harry Bentley arrugando el ceño malhumorado—. Me tienes metido en un serio problema, Stuart.

—Puedes dejar mi defensa en cualquier momento, si así lo deseas.

—Eso no sería ético —negó Bentley meneando la cabeza—. Muriel opina como yo. Eres un problema viviente, pero hay que aceptarte como eres.

—Muriel, eres muy amable —rió Stuart—. Y no sólo por servirme el *brandy*.

—Ya sabes que soy sincera, Stuart —también ella se echó a reír—. Lo cierto es que tienes a Harry sin poder descansar tranquilo desde el viernes pasado, cuando le encargaste ya formalmente esa apelación judicial. Pero lo peor llegó el lunes, con tu arresto eventual por el inspector Thomas. Llegó sin apetito, y apenas durmió por la noche. ¿Crees que tengo un marido de carne y hueso o una computadora?

—El no sé lo que será, pero su esposa es un ángel de comprensión —admitió Dundee sonriendo, la mirada fija en la serena, dulce belleza de Muriel Bentley, que a sus casi cuarenta años parecía mucho más joven, con aquel cabello suyo, rubio ceniza, los apacibles ojos pardos y las facciones suaves, delicadas, como una figura tallada en porcelana. Se advertía su clase casi aristocrática, en comparación con la habitual e instintiva rudeza de su marido. Bentley era un chico de buena familia, pero nunca pudo evitar ser como era: un tipo combativo, directo y poco diplomático. Pero eso sí, un buen abogado.

—Adulador —rió ella, divertida su expresión—. ¿Estás tratando de comprarme con halagos para que no reproche a Harry el hecho de seguir siendo tu abogado?

—Estoy intentando que tu marido siga defendiéndome incluso de un cargo de asesinato en primer grado, cuando el fiscal pida para mi cadena perpetua.

—¿Tan lejos van tus temores? —se burló ella, risueña.

—Hablando en serio, la cosa está fea —terció Harry, frotándose pensativo el mentón con el dorso de su mano—. Por fortuna no se te ocurrió mencionar al inspector Thomas la grabación que le hiciste a aquella chica, Sue Ashton.

—¿Qué tiene de malo esa grabación, si no es una prueba de valor judicial y ya le hemos referido al inspector todo lo que pasó esa noche entre Sue y yo?

—Es diferente, Stuart. Esa grabación puede no ser una prueba por sí sola, presentada ante un tribunal, pero un fiscal experimentado lograría que, cuando menos, fuese escuchada por el jurado, y eso bastaría para que sus componentes te mirasen como a un auténtico culpable. La palabra es diferente. No revela tan claramente tu persecución de la chica, su terror, tu mención del estoque y todo lo demás. No, no conviene que esa grabación llegue nunca a su poder.

—Pero en un caso de apuro, serviría como razón para reforzar nuestra solicitud de revisión, Harry.

—¿Y vas a correr el riesgo sólo por eso? Conservar esa cinta sin destruirla, puede significar, ni más ni menos, que una sentencia condenatoria para ti, en el caso de que el inspector Thomas decida acusarte de homicidio y te entregue al Fiscal de la Corona.

—Consévala mientras te sea posible. Es un ruego.

—Un ruego absurdo y peligroso. Pero tú eres mi cliente. Lo haré. Sin embargo, si el inspector llega a intuir algo y me reclama todas las evidencias, estoy éticamente obligado a dársela o sería acusado de encubridor.

—Dásela sólo en ese caso, o destrúyela, según lo que tú ética te permita, pero no antes. Hemos de correr algún riesgo, después de todo. Esa grabación de Sue Ashton es ahora la única evidencia que tenemos para apoyar nuestra demanda.

—Sigues empeñado en demostrar que tu abuelo fue inocente,

¿no? —terció Muriel, sirviéndole una copa de excelente *brandy* francés.

—Más que nunca, Muriel —asintió Stuart. Miró a Harry luego—. ¿Crees que el asunto está mal?

—¿Cuál? ¿El de Old Bailey o el tuyo con Scotland Yard?

—Ambos.

—Bueno, el de Old Bailey está a la espera de la decisión del juez Hawthorne. Le he prometido esa grabación, si es precisa. Me llamará con lo que decida. En cuanto a lo de tu condición de sospechoso... está mal.

—¿Mal? ¿Por qué?

—El inspector Thomas ha reclamado tu grabación en video con aquella otra chica, Connie Sellers, y se la ha entregado al fiscal. Parece que éste la solicitó personalmente. Thomas no quiere perjudicarte, pero tiene que cumplir con su deber. Y cada indicio te presenta como un individuo excéntrico, irresponsable, un posible paranoico obsesionado por una idea enfermiza que podría hacerte peligroso llegado el caso de llevarte la contraria.

—Eso es un disparate, Harry. Sabes que no soy así.

—Paranoico, no. Pero excéntrico... —Elevó los ojos al cielo—. Dios mío, no he conocido a nadie capaz de hacer lo que tú hiciste para llegar al fondo de ese maldito y vieja asunto. Quisiste actuar como si fueses un actor en pleno escenario... o como, un héroe de novela barata. Y la vida no se parece a nada de eso, Stuart.

—Sigo pensando que era la única forma de ir a alguna parte. Tú has visto el resultado: alguien perdió el control de sí mismo y mató a la chica. Eso ha sido un error.

—¿Tú crees? —dudó Harry—. El error fue el tuyo en estar allí, precisamente esa noche. Y en volver a casa de la chica conmigo, naturalmente. Aunque ya esa localidad del teatro era de por sí suficiente evidencia contra ti...

—Siempre existe una fatalidad. La mía fue esa localidad mezclada con el dinero que entregué a la chica —admitió Stuart, ceñudo—. No se puede decir que haya tenido excesiva suerte en este asunto.

—Si no te hubieras metido en camisa de once varas... —le reprochó Harry—. Ahora, moral y afectivamente, debo de estar a tu lado y protegerte. Pero si el fiscal que se ocupa de tu caso es *sir*

Malcolm Kingsley, vamos a sudar tinta para salir bien librados, Stuart.

—*Sir* Malcolm... —asintió Dundee—. He oído hablar de él. Es terrible, ¿no?

—Ésa es la palabra: terrible. Y tú podrías ser su acusado. ¿No te impresiona?

—Claro suspiró Stuart. —Pero ¿qué puedo hacerle? Harry, quisiera que investigases algunas cosas. Viejas todas, muy viejas. Pero pueden servir.

—Adelante. ¿De qué se trata? Acabaré apolillado entre legajos polvorientos, pero ¿qué vamos a hacerle?

—Se trata de Silas Harrington.

—¿Harrington? ¿Familia de tu prometida?

—Su abuelo.

—¿El viejo Silas Harrington, el centenario? —Harry iba de sorpresa en sorpresa.

—El mismo, Estuvo arrestado en su época. Le acusaron de matar a una fulana, una tal Stella, cuyo apellido no recuerda. Le confundieron con «El Merodeador». Eso puede servirnos de algo, ¿no?

—Quizás. Pero más bien ante el tribunal de Apelación que ante Scotland Yard. Al inspector Thomas y al fiscal les importará un cuerno lo que ocurriese hace ochenta años.

—De todos modos, investiga eso. Me interesan los detalles respecto a esa detención y ese crimen.

—Se lo diré a mi pasante —dijo Harry, tomando rápidas notas. Luego, miró a su joven cliente y amigo enarcando las cejas—. Oye, Stuart, no sospecharás de... de la propia familia de tu...

—No sospecho de nadie. Y sospecho de todo el mundo —cortó Stuart, algo seco—. Investiga eso, ¿quieres? Y con urgencia.

—Claro. Todo lo relacionado con este asunto es de máxima urgencia, no hace falta que me lo digas... —se interrumpió al entrar su esposa con un par de muchachos jóvenes, uno de unos quince años, y el otro de diez aproximadamente—. Bueno, la familia también cuenta para mí, Stuart. Creo que mis hijos quieren que juegue con ellos una partida, ¿no es cierto, James?

—Sí, papá —asintió el mayor, con una sonrisa, enarbolando su raqueta—. Estoy esperándote hace rato...

—Ya le dije que tú no sólo juegas a tenis, sino a devolver la pelota a otra clase de jugadores más expertos, como el fiscal —sonrió su mujer—. Pero ellos no lo entienden bien.

Se alejaron Harry y sus hijos. Muriel se quedó sola con Stuart. Miró a éste, pensativa.

Luego, fue a sentarse frente a él, entrelazando sus dedos con gesto algo preocupado.

—¿De verdad estás en apuros, Stuart? —se interesó.

—Más o menos —rió él jovialmente, haciendo un gesto como para quitar importancia y seriedad a la cuestión—. Pero no puedo culpar a nadie de ello. Yo mismo me he metido hasta el cuello en el asunto.

—Y de rechazo, has metido a Harry —sonrió ella.

—Eso no quisiera que sucediera. Pero él es mi abogado y mi amigo. Creo que podría enviarme al diablo o pasarme a otro colega. Sin embargo, es demasiado fiel a la amistad y a su ética.

—Es lo que siempre digo yo —suspiró la bella dama—. Por fortuna, él sólo puede arriesgarse a perder un caso, no a irse a prisión. Su propia ética no le dejaría convertirse en cómplice o encubridor de nadie, ni siquiera de ti.

—Lo sé. Ni yo lo consentiría.

—Eso también lo sé —con espontánea ternura, ella puso una mano suave, delgada y sensitiva, sobre las de Stuart. Sus dedos marfileños le oprimieron con dulzura—. Cuenta con nosotros, Stuart. Sé que no pudiste —hacer nada malo.

—Ojalá todo el mundo tuviera esa misma fe en mí —se quejó él amargamente.

Los ojos pardos de Muriel Bentley chispearon con súbita inteligencia. Su tono se hizo confidencial.

—¿Margaret, quizás?

—Sí, Margaret. —Dundee inclinó la cabeza—. Creo que no confía en mí como yo esperaba.

—No sospechará ella que tú... pudiste hacer eso que dicen.

—No lo ha expresado en esos términos. Pero la conozco lo suficiente para poder leer ciertas cosas en sus ojos. Hoy no me gustó su mirada, Muriel.

—Ya. Debe ser influencia de su padre.

—¿Qué opinas de Horace Harrington? —Miró a Muriel,

interesado.

—Nada bueno. Es un hombre duro y frío. Haría cualquier cosa por mantener a su familia en la cumbre social de Inglaterra. Para él, el nombre pesa más que nada. Ahora, centra todo en su hija. No permitirá que nadie pueda dañarla en alguna forma.

—Sí, es la impresión que había sacado de él. Los Harrington siguen siendo los Harrington...

—No, ya no, diga él lo que diga. Fueron alguien en otro tiempo. Ahora, todo el mundo sabe que su fortuna no es la de antes. Son cosas que ocurren en las mejores familias, Stuart. No se puede vivir anclado en el pasado. La era victoriana, con todo lo bueno y lo malo que tuvo, es ya historia, y nada más. Éstos son otros tiempos, en los que todos debemos vivir la realidad del momento, no la nostalgia de lo que ya no existe.

—Es posible. —Stuart se puso lentamente en pie. Miró a Muriel con aire abstraído—. Aunque no lo creas, eso que acabas de decirme puede ser importante.

—¿Tú crees? ¿En qué sentido?

—No lo sé aún. Pero estoy pensando en ello. Tal vez algún día te lo pueda decir... Bien, Muriel, debo irme. Tengo algunas cosas que hacer. No quisiera demorarlas más.

—Te acompaño —se ofreció ella, incorporándose y yendo con él hacia la salida de la vivienda de los Bentley en Kilburn, en una zona residencial de amplias zonas verdes—. ¿Quieres despedirte de Harry?

—No hará falta. Le llamaré mañana, si hay alguna novedad. Y si es él quien la tiene, imagino que será él quien me llame. Dile, de todos modos, que esta noche pienso ver a alguien de quien le hablé. Otra chica que él sabrá ya quién es... Eso será suficiente.

—¿Es que vas a meterte de nuevo en líos, Stuart? —Mostró ella su inquietud, poniendo una mano en su brazo, cuando ya estaban caminando por entre los dos setos, uno de los cuales les separaba de la cancha de tenis y la piscina, y el otro de la avenida arbolada que corría entre las casas de la zona.

—Tengo que hacerlo, compréndelo —sonrió Dundee, mirando con afecto a la dama—. No puedo quedarme quieto en casa, esperando a que vengan el inspector Thomas y sus esbirros de Scotland Yard para encerrarme en una celda e iniciar mi

procesamiento.

Tengo que buscar la verdad a toda costa.

¿La verdad de hace ochenta años?

—Sí. Y la verdad de ahora mismo. De alguien que tiene interés en evitar que esa otra vieja verdad se desempolva de entre los amarillos legajos de un viejo proceso ya olvidado.

—Ten cuidado, Stuart... —le recomendó Muriel dulcemente—. Puede ser muy peligroso. Es un asesino el que se enfrenta a ti...

—Lo sé de sobra, Muriel. Gracias por el consejo. Pero hay que arriesgarse si se quiere conseguir algo. No te olvides decírselo a Harry.

—Lo haré. Pero eso va a enfurecerle. Dice que no puede estar defendiendo a una especie de Rocambole o de Raffles que se dedica a andar por ahí corriendo aventuras descabelladas y tratando de burlar a la policía con una serie de trucos delirantes. Uso sus palabras exactas, te lo aseguro.

—Lo sé —rió Stuart, inclinándose y dando un beso en la tersa mejilla de la hermosa dama—. Sólo Harry podría decir una cosa así... Ya nos veremos, Muriel. Despídeme de tu marido y de los chicos.

—Lo haré, vete tranquilo —fueron las palabras afables de ella, cuando ya Dundee salía al exterior y, tomando su deportivo, partía a buena velocidad, en busca de Kilburn High Road, para dirigirse por ésta hacia Maida Vale, en dirección al centro urbano de Londres.

Era un *music-hall* como cualquier otro. De sala más bien reducida, pequeño escenario, decorados discretos y presentación no demasiado costosa. Algunos números cómicos, otros picarescos, y un reducido conjunto de baile, compuesto por solamente diez muchachas, todas ellas atractivas, jóvenes y de muy sugestiva figura.

El público era poco exigente y lo aplaudía todo. Por otro lado, lo cierto es que los artistas se esforzaban en agradar, y eso era ya meritorio.

Stuart Dundee no prestó demasiada atención al *show* en sí, pero en cambio siguió sumamente interesado las evoluciones de una de las muchachas, pelirroja, de senos llamativos, bellas piernas y

pícaro trasero.

Bailaba muy bien, tenía gracia, y hasta le había sonreído en dos o tres ocasiones, al desfilas por la pasarela, cuando le descubrió sentado en la fila segunda de la platea.

Connie Sellers era, quizás, la muchacha más bonita y atractiva de todo el conjunto de aquel modesto *music-hall* donde ella se ganaba la vida. Cuando menos, a Stuart así se lo pareció.

Al término de la representación, se unió a los aplausos del resto de los asistentes, y luego se encaminó a la salida del escenario, donde aguardó pacientemente durante más de media hora.

Salieron artistas de ambos sexos, las chicas pasaban por su lado sonriendo y mirándole con agrado, pero Stuart no prestó atención a ninguna... hasta que Connie apareció en la pequeña puerta, bajo la bombilla roja, acompañada de otra muchacha, bailarina como ella ataviada con un impermeable amarillo.

—Buenas noches —saludó Stuart, aproximándose a ellas risueñamente, y haciendo una leve reverencia—. ¿Sorprendida?

—Un poco cuando le vi en la platea —asintió ella—. Ahora, no tanto.

—¿Esperaba que viniese a verla? —sonrió el joven.

—Sinceramente, sí —suspiró ella—. Me hubiera llevado una gran decepción si no hubiera sido así.

—Eso es agradable de oír —se volvió a la joven de cabellos castaños que acompañaba a la muchacha—. ¿No la habré venido a importunar, señorita?

—No, claro que no —la amplia sonrisa de la muchacha fue casi luminosa—. Otras veces los chicos vienen a verme a mí, y Connie no se enfada por eso ni mucho menos.

—Ella es Molly Fry —presentó Connie—. Mi mejor amiga y compañera. Molly, este joven es el aristócrata de quien te hablé, pero él quiere que se le llame solamente Dundee, sin más tratamientos. Stuart Dundee.

—Es un placer, señor Dundee —habló la chica jovialmente—. Creo que debo dejarles.

Ustedes tendrán cosas de qué charlar, sin duda alguna. ¿Te espero en casa?

—Sí, te lo ruego —asintió Connie—. No tardaré.

—Adiós —se despidió Molly Fry, agitando una mano

alegremente, y encaminándose en busca de un taxi.

Stuart la despidió, y luego se volvió a Connie, dubitativo.

—Tal vez debimos pedirle que se quedara —comentó—. No está bien que siendo compañeras, haya venido yo a separarlas...

—Oh, ella no hubiera aceptado —sonrió Connie—. Es muy discreta, señor Dundee.

—Por favor, ese tratamiento ya no encaja entre dos buenos amigos. Mi nombre es Stuart. ¿Por qué no me llamas solamente así, y yo te podré llamar Connie?

—Bueno, ambos somos jóvenes, pero eso de ser aristócrata, y yo una simple bailarina en un espectáculo como éste... Ya habrás visto cuál es mi trabajo.

—Tan digno como el que más —afirmó Stuart—. Además, bailas muy bien.

—Eres muy amable, Stuart —dijo ella, comenzando a caminar a su lado por la húmeda acera—. ¿De veras pudiste soportar todo el espectáculo?

—Ya viste que sí. Los he presenciado mucho peores, en pleno centro de Londres y a muy alto precio las localidades, puedo asegurártelo. Además, en esos otros espectáculos no estabas tú.

—Eso suena muy bien, gracias —le miró, parándose repentinamente en la esquina del edificio donde se hallaba el *music-hall*. De repente parecía preocupada por algo—. He leído la noticia de la muerte de una chica en Whitechapel, Stuart. Lo atribuyeron a un merodeador nocturno... Pensé enseguida en ti. Hablaban de un sospechoso, joven y muy conocido en los círculos sociales del gran mundo londinense, y casi me asusté. Pero veo que no había motivo.

—Lo había, Connie —dijo Stuart gravemente—. Ese joven tan conocido en la alta sociedad de Londres, era yo.

—Dios mío... —Se mordió el labio inferior, con el rostro bonito y pícaro repentinamente ensombrecido—. ¿Acaso esta vez fuiste demasiado lejos y sin querer...?

—¿Eso piensas? —La miró fijamente, con ojos serios.

—Bueno, podría suceder, ¿por qué no? Si sigues buscando a ese viejo asesino...

—¿Y aun así, estarías aquí conmigo, charlando normalmente, en plena noche?

—Yo sé, Stuart, que no podrías hacerme daño.

—¿Por qué estás tan segura?

No lo sé —se encogió de hombros—. Es una intuición, simplemente. No puedo creer que vayas por ahí matando chicas intencionadamente.

—¿Y disculparías un error tan trágico, incluso?

—Yo no soy juez ni jurado, Stuart. No puedo condenar a nadie.

—Eres maravillosa —suspiró él, con expresión asombrada—. Y lo dices con toda sinceridad, o eres la mejor actriz del mundo.

—No, como actriz no tengo carrera —rió ella suavemente—. Por eso sólo bailo.

—Tus palabras me hacen un gran bien, Connie. Al menos, encuentro ya a alguien que demuestra tener fe en mí. Te voy a tranquilizar. Te juro solemnemente que no tengo nada que ver con ese crimen. Ciertamente que seguí a la chica, como te seguí a ti. Grabé con ella una conversación, porque necesitaba otro testimonio. Luego, le di un dinero y me fui. Debieron seguirme... y la mataron a la puerta de su casa.

—Pero ¿por qué, Stuart? Dijiste que el asesino que buscabas vivió hace ochenta años.

Nadie puede ser tan viejo.

—Es curioso... —Stuart la miró fijamente—. Yo sé de alguien que *sí* es tan viejo.

—¿Crees que ese merodeador aún vive? —dudó ella, mirándole incrédula.

—No, no lo creo. Pero hay alguien interesado en que yo no llegue más lejos. Incluso puede interesarle eliminarme limpiamente, haciendo recaer sobre mí las culpas de un hecho así. Alguien relacionado con el auténtico «Merodeador».

—¿Un descendiente suyo, quizás?

—Veo que has entendido mi idea —asintió Stuart.

Siguieron caminando un trecho. Ella le miró de soslayo.

—¿Por qué has venido a verme? —se interesó de repente.

—Tenía que hacerlo. Estoy harto de hablar con gente que sospecha de mí y que no me comprende, Connie.

—Pero estará tu prometida... Sé que vas a casarte con una dama de la mejor sociedad...

—Ella tampoco lo entiende. Ni cree en mí siquiera.

—¡Pero si te ama, ha de creer ciegamente!

—Pues no es así. Connie, ¿vamos a alguna parte? Conozco un sinfín de lugares en Londres que permanecen abiertos hasta muy tarde...

—Está bien. Pero no por mucho tiempo. No me gusta trasnochar en exceso. Después me siento muy cansada y aturdida.

—Entonces, prometo ser buen chico y llevarte a casa dentro de una hora. ¿Está bien así?

—Sí, está bien —suspiró ella—. Gracias, Stuart.

El la condujo adonde tenía su deportivo, subieron a él, y partieron a buena velocidad a través del poco concurrido Londres nocturno.

Estaba lloviendo con cierta intensidad cuando regresó con ella a su domicilio, una modesta casa de apartamentos en Blackfriars, no lejos del río, junto a un restaurante italiano y un *pub*.

—Aquí es —suspiró ella—. Gracias, Stuart. Ha sido una noche muy agradable.

—Necesitaba hablar con alguien como tú —dijo él sonriente. Miró al exterior y recordó los incidentes en los que entablara conocimiento con ella—. No hay nadie merodeando por aquí. Menos mal. Esta noche no te seguirá ningún caballero de bastón, bombín y abrigo negro.

—Eso es cierto —rió ella. Antes de bajar del coche, puso su mano espontáneamente en la de él. Le miró a los ojos—. ¿De veras te ha servido de algo charlar conmigo, Stuart?

—De mucho. Hemos cambiado impresiones, me has ayudado a ver más claro todo. Es maravilloso hablar con una chica que cree lo que uno dice, sin reticencias ni sospechas.

—Ya te dije que sé que no puedes hacer nada malo. Eres un poco excéntrico, eso es todo. Y te gusta jugar fuerte. Pero no puedes haber matado a nadie. Además, estamos de acuerdo en algo: esa persona es alguien directamente interesado en ocultar la verdad, ha heredado una tara mental de aquel otro «Merodeador» de triste memoria... y es alguien que te conoce mucho. Lo suficiente para saber cuáles son tus planes e intentar abortarlos. —Exacto— admitió él, sombrío. —Lo difícil es saber *quién*...

—Creo que más pronto o más tarde, se delatará a sí mismo de

un modo u otro. Ya ha cometido un error muy grave al matar a una chica para inculparte a ti. Puede dar otro paso en falso si te nota demasiado cerca de la verdad. Y entonces será tu momento.

Estáte alerta en todo momento. Y no te fíes de nadie.

—Así lo haré, puedes estar segura —afirmó Stuart gravemente.

—Bien, creo que me debo marchar ya —ella consultó su reloj de pulsera—. Son las doce casi, y Molly estará preocupada sin duda. Además, hace frío ahora. No debí dejarle a ella mi impermeable.

—¿Tu impermeable? —Stuart recordó a la bonita compañera de Connie—. ¿El de color amarillo?

—Eso es. No llevaba prenda de abrigo esta noche, y se lo presté porque no sentía frío y ella anda casi siempre resfriada. Ahora lo echo en falta...

—Eso se arregla enseguida. —Stuart se quitó su gabardina con rapidez—. Súbela a casa. No te la quites hasta estar dentro. Ya me la darás otro día.

—No, no —rechazó ella vivamente—. Eso no, Stuart. Tú la necesitas... Espera, haré otra cosa. Te la echaré desde la ventana una vez arriba. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió él, sonriendo—. Te espero aquí.

Echó sobre los hombros su gabardina a la joven, que le colgó cómicamente, demasiado larga y amplia para ella, y con una risa jovial, la muchacha emprendió la marcha hacia su apartamento.

Stuart se dispuso a marchar sin perder más tiempo, y puso en marcha el motor, mientras esperaba que asomara ella arriba para darle su gabardina.

De repente, un grito agudo, estremecedor, le llegó de la escalera del edificio. Reconoció en el acto la voz de la muchacha.

—¡Connie! —rugió, palideciendo. Saltó del coche como disparado por un resorte, y se precipitó contra la puerta, que ella había cerrado tras de sí. Sin contemplaciones, cargó contra la vidriera de la puerta, destrozándola en medio de un horrible estrépito que conmovió la calle, mientras el grito desgarrador de ella se repetía, aún más violento que antes. Repitió, con voz destemplada—: ¡Connie, por el amor de Dios! ¿Qué sucede?

Introdujo la mano, tirando del pestillo y abrió, lanzándose como un bólide a través del vestíbulo, para enfilear las escaleras dispuesto a todo. Pero también temiendo lo peor...

Y lo peor empezó a confirmarse cuando se enfrentó a la gabardina suya, caída en los peldaños, un poco antes del lugar donde yacía el cuerpo inerte de Connie Sellers, doblada sobre los escalones, boca abajo. Completamente inmóvil, como muerta.

Stuart alcanzó su emplazamiento, mientras numerosas puertas se abrían en el edificio, y el silbato de un policía sonaba en las calles desiertas de Blackfriars.

La volvió, temiendo encontrarse con un horror de sangre y de muerte en el joven y hermoso cuerpo de la muchacha.

No era así. Connie estaba inconsciente, mortalmente pálida y con el rostro desencajado, pero eso parecía ser todo. Alzó los ojos, al descubrir en los escalones un reguero de sangre que descendía.

Y entonces fue él quien tuvo que morderse los labios para no lanzar un grito de horror ante la escena que le era dado contemplar.

Aquello era lo que había provocado el pánico y la angustia de Connie. Era suficiente para conmover a cualquiera, por fuerte que fuese.

El cuerpo parecía encogido, doblado contra el muro, sobre los escalones. Era obvio que nadie entró en la casa esa noche, antes de hacerlo Connie, y por ello le tocó a ella descubrir el cadáver bañado en sangre, de rostro céreo, ojos desorbitados y boca convulsa, de la que había brotado también considerable cantidad de sangre.

Sangre que empapaba las ropas y el cuerpo de aquella infortunada joven. Sangre escapada de más de diez terribles cuchilladas o impactos de estoque, en su garganta, senos y vientre.

Sangre que enrojecía violentamente el impermeable amarillo que fuera de Connie y que ahora llevaba la víctima, la infortunada Molly Fry.

CAPÍTULO VII

—Molly Fry. Veinticinco años. Soltera. Nacida en Nottingham. Sin familia en Londres. Bailarina. Eso es todo, inspector.

Edwin Thomas no dijo nada. Su rostro ensombrecido se limitó a contemplar cómo los enfermeros se llevaban la camilla a la ambulancia, con el cuerpo tapado por la sábana, y luego dirigió una huraña mirada a los rostros ansiosos de los vecinos, que pugnaban por asomar por encima de los severos e impasibles *bobbys*.

—Gracias, sargento —dijo a su subordinado—. Ahora, esperemos que salga algo en limpio de todo esto, maldita sea.

Se volvió hacia el médico forense, que se disponía a partir tras ser retirado el cadáver, e insistió:

—¿Cree que las heridas fueron producidas por un estoque, doctor?

—Estoy seguro. Un estoque o una espada muy delgada, lo cual es lo mismo. Las heridas son muy profundas, incluso atraviesan el cuerpo de lado a lado en ocasiones, pero también son muy estrechas. Muchas de ellas son mortales de necesidad. La pobre chica no tuvo defensa alguna ante el loco que la agredió de esa forma...

Thomas no comentó tampoco ahora. Pero sus ojos graves fueron hasta Stuart Dundee, que fumaba un cigarrillo, sentado en los escalones, al pie de aquel tramo de escalera.

—Gracias, doctor. Eso es todo por el momento.

El forense se alejó. Luego, Thomas paseó por los escalones llenos de sangre seca. Los policías obligaban a volver a la gente a sus respectivas viviendas, pese a que ellos se resistían. Stuart alzó la cabeza, con gesto impaciente.

—¿No va a llamar al hospital, inspector? —quiso saber.

—¿Para qué diablos quieres que llame ahora? —Gruñó el policía.

—Esa chica... Es preciso saber cómo está...

—Stuart, hace sólo cinco minutos que se llevaron a Connie Sellers de aquí en la ambulancia. ¿Cómo demonios van a saber ya nada en el hospital? Llamaré más tarde. Estoy tan interesado como tú en el estado de ella, pero hay que esperar. Claro que no sé si lo que tú quieres es que vuelva en sí... o que no llegue a despertar.

—¡Inspector, eso no tiene ninguna gracia! —rugió Stuart, tirando el cigarrillo airadamente y poniéndose en pie con violencia.

—Escucha esto, Stuart Dundee —replicó con igual virulencia Edwin Thomas volviéndose a él y enarbolando un índice acusador ante las narices del joven aristócrata—. Aquí se ha cometido un segundo asesinato con estoque, y *casualmente* estabas tú también al lado cuando ocurrió. Otra chica ha sufrido un *shock* tan fuerte al presenciarlo o al hallar el cadáver, según dices tú, que ahora sufre un fuerte *shock* psíquico, del que no se ha recuperado y continúa sin conocimiento, virtualmente en coma, según ha dicho el médico. Digas tú lo que digas, eres el sospechoso número uno, y esta vez no voy a permitir que sigas deambulando por ahí, para que otras chicas mueran del mismo modo que Sue Ashton y Molly Fry, ¿has entendido?

—¿Qué piensa hacer? ¿Acusarme de este homicidio también? —Había sarcasmo en el agrio tono de voz de un extrañamente enfurecido Stuart Dundee—. ¿Cree que, en caso de ser culpable, hubiera roto esa puerta para acudir a ver lo que sucedía, y que Connie Sellers estaría con vida en estos momentos? El asesino hubiera matado a ambas, si ellas hubieran estado juntas en el momento de la agresión, y usted lo sabe.

—Todo eso son simples divagaciones sin base, Stuart. Soy un policía, y me atengo a los hechos. Dondequiera que estés, muere alguien violentamente. Eso empieza a ser ya una costumbre, y no me gusta nada. Sigues merodeando por ahí, contra las advertencias recibidas, y eso es quebrantar la ley. Pero además, eres el principal sospechoso que existe, y esta vez no va a sacarte de Scotland Yard ni la habilidad profesional de Harry Bentley ni mi propia estimación personal hacia ti. No intentes nada, porque estás oficialmente arrestado, ¿has entendido?

—¿Arrestado? ¿Ahora?

—Ahora mismo —se volvió a su subordinado—. Sargento

Howard, hágase cargo del detenido.

—A la orden, señor —asintió el sargento, aproximándose severo a Stuart.

—Un momento. ¿De qué me acusa formalmente? Necesita un cargo concreto para poderme arrestar. Y eso podría volverse luego contra usted, inspector.

—Me tienen sin cuidado las consecuencias. Estás arrestado, bajo acusación de sospecha de asesinato, eso es todo.

—Vamos, señor —le invitó el sargento, cortés pero firme—. Será mejor que no intente resistirse.

—Muy bien. —Stuart endureció la línea prieta de sus labios, clavando unos ojos centelleantes en el policía—. Vamos allá. Permita que el verdadero asesino ande libre por la ciudad mientras encierra a un inocente, inspector Thomas. La cosa no es nueva para un Dundee. Ya la brillante policía londinense se equivocó trágicamente otra vez. Lo siento por usted, inspector.

—Y yo por ti, Stuart —suspiró el policía amargamente—. Pero tú mismo te lo has buscado, no culpes a nadie. Lléveselo, sargento.

Stuart inició una silenciosa retirada, en compañía del sargento y de otro agente uniformado, camino de un coche oficial de Scotland Yard. Thomas se quedó en la escalera, meditativo, como si aquellos escalones ensangrentados pudieran revelar algo que no entendía.

Abajo, de repente, sonó el grito ronco de uno de los agentes, un ruido súbito y confuso de golpes, carreras y finalmente un motor potente de coche, al tiempo que la vez del sargento Howard rugía:

—¡A él, que no escape! ¡Captúrenlo como sea! ¡Pronto, vayan tras él!...

Edwin Thomas pegó un respingo, y se precipitó a una ventana del pasillo superior, al que se asomó, maldiciendo entre dientes, repentinamente congestionado.

Llegó a tiempo de ver desaparecer en la esquina inmediata un deportivo a toda velocidad, mientras un agente uniformado se levantaba de la acera, tambaleante, y el sargento Howard, con un fuerte hematoma en el rostro, se llevaba el silbato a los labios, y varios *policemen* corrían a los automóviles oficiales.

—Maldición, ¿qué ha ocurrido, sargento? —farfulló malhumorado, aunque se temía de antemano la respuesta.

—El sospechoso, señor... —se lamentó su subordinado—. De

pronto nos atacó, cuando parecía más inofensivo, y logró saltar a su coche... Pero le daremos caza, no lo dude...

Thomas regresó al interior mascullando cosas ininteligibles entre dientes.

—Ese muchacho está loco —rezongó al final, irritado—. Y lo malo es que me temo que no va a ser fácil cazarle... ¿Por qué diablos haría eso el muy imbécil? Ahora, toda la policía de Inglaterra estará sobre él...

—¿Te has vuelto loco? ¿Escapaste de la policía?

—Sí, Margaret. Lo hice.

—Pero... pero eso es un disparate. Te pones fuera de la Ley...

—Lo sé. —Stuart paseó furiosamente por el gabinete. Se detuvo y miró a la joven, consultando luego su reloj de modo fugaz—. Debo irme enseguida. No tardarán en ir a todos los lugares donde yo frecuento habitualmente. Margaret, necesito tu ayuda. Puedes hacer mucho por mí.

—¿Yo? —Ella enarcó las cejas, mirándole con cierta frialdad—. ¿En qué sentido podría yo ayudar a nadie a escapar de la policía? No pertenezco a ese mundo que tanto te gusta recorrer de noche...

—Oh, no, claro que no. Tú perteneces a una rancia familia de estirpe noble, a una familia típicamente inglesa, victoriana y respetable, que no puede verse mezclada en semejantes escándalos, ¿no es eso?

—Stuart, estás desvariando. Aunque quisiera ayudarte, ¿qué podría hacer?

—Muchas cosas. Venir conmigo, por ejemplo.

—¿Qué? —se escandalizó ella, abriendo mucho sus bonitos ojos.

—Ellos buscan a un hombre solo. Si tu padre le dijera a la policía que tú estás en las afueras con tus parientes, nadie sospecharía. Y entonces, juntos tú y yo, sería más difícil darme caza. Adoptaríamos otro aspecto, y de una pareja nadie sospecharía.

—Stuart, estás hablando como un absurdo personaje de telefilm americano. Eso en la realidad no resulta nunca. Papá se horrorizaría si me mezclase en una evasión y me supiera perseguida por toda la policía del país.

—Entiendo. Y tus amistades censurarían duramente a los Harrington, siempre respetables y siempre dignos... —dijo Stuart con sarcasmo.

—No es eso, Stuart. Pero debes comprenderlo. Lo más prudente es que vuelvas y te entregues al inspector Thomas. El es amigo tuyo, él te ayudará... Y si no eres realmente culpable, si no tienes nada de qué avergonzarte, todo se resolverá bien.

—Magnífico consejo. Dejar que me pudra en una celda mientras un maldito asesino loco anda por ahí en libertad... —La miró colérico—. Muy bien, Margaret. Ahora ya sé lo que puedo esperar de ti. Buenos días.

—¿Adónde vas ahora? No seas loco. Quédate, telefonea a Thomas, espéralo aquí y...

—¡Ve al diablo con tus respetables consejos, Margaret! —estalló Dundee ante el escandalizado asombro de su prometida. Corrió hacia la puerta con rápida zancada—. Me largo, preciosa. Quizás no vuelvas a verme vivo, porque no pienso entregarme dócilmente a nadie. Si es preciso, moriré luchando. Con un Dundee muerto en la horca, ya hay suficiente. Puedes telefonar al inspector cuando lo desees, para que nadie te acuse de encubridora.

—Stuart, yo... —Trató de disculparse ella—. Vuelve, te lo suplico...

El no le hizo caso. Apartó a Horace Harrington de un empujón sin miramientos, cuando llegó al vestíbulo, y salió con rapidez de la casa, cerrando tras de sí con un portazo.

Cruzaba la acera, hacia el coche deportivo que dejara con el motor en marcha, cuando una ventana sonó sobre su cabeza, y una voz chistó:

—¡Eh, tú, hijo! ¡Pronto, aquí!

Alzó la cabeza, sorprendido. La cabeza inconfundible, canosa y centenaria, del viejo Silas Harrington, asomaba por la ventana recién abierta.

—Sí, es a ti, hijo —asintió el anciano, sonriente. Le guiñó un ojo, tirándole algo a los pies, con buen tino—. Te he oído decir cuatro verdades a mi nieta ahora mismo. Enhorabuena, muchacho. Ya iba siendo momento de que los Harrington supieran lo que un chico honrado piensa de ellos... ¡Suerte, hijo!

Y le sonrió malicioso, cerrando luego la ventana nuevamente. Stuart se inclinó con rapidez. Tomó del suelo lo que arrojara el anciano.

Era un trozo de viejo papel amarillento, arrancado sin duda de

algún viejo cuaderno o legajo, y hecho una pelota para darle impulso suficiente.

Saltó a su coche, guardando el papel, y puso éste en marcha sin perder momento. Sólo un par de minutos después de ausentarse, los coches-patrulla de Scotland Yard aparecían por la esquina de Piccadilly Street.

Para entonces, Stuart había dejado ya su coche deportivo en un garaje, y caminaba por un pasaje, en dirección a una pequeña tienda de ropas y objetos de teatro, primer paso de su carrera contra reloj y contra la policía.

El espejo le devolvió una imagen aceptable para sus propósitos.

Aquel tipo de tez morena, ojos negríssimos y pelo negro y brillante bajo la gorra de mezcilla, en poco se parecía al rubio y aristocrático Stuart Dundee. El milagro consistía en un maquillaje adecuado, unas lentillas y una peluca, así como unas ropas vulgares, unos trozos de goma adaptados a sus mandíbulas, y unas gafas de cristales falsamente de miope, que cabalgaban sobre su nariz, rellena con una pasta que la hacía parecer aguileña.

—Creo que ni su madre le reconocería, señor —dijo el hombre de la tienda, tras recibir de él una generosa propina—. Le deseo suerte.

—Gracias, Morton —rió Stuart—. Éste es el mejor disfraz que jamás me proporcionaste. Sólo que ahora, no debes informar de ello a la policía.

—Ni siquiera he visto a lord Dundee en varias semanas —dijo cínicamente el encargado de la tienda de artículos teatrales—. Sólo vendo estas cosas a profesionales de la escena... como usted, señor.

Stuart volvió a reír, abandonando la tienda y encaminándose ahora a un negocio de coches usados, donde adquirió un automóvil de segunda mano a buen precio. Era un coche clásico, un Morris color marrón oscuro, que nadie relacionaría jamás con los gustos deportivos y el afán de velocidad de Stuart Dundee...

—Ya puedo moverme con cierta libertad por la jungla londinense —se dijo burlonamente, una vez al volante, alejándose de aquella zona urbana—. Ahora, a ver lo que puede hacerse. Pero antes debo telefonear al hospital...

Usó una cabina pública. Llamó al hospital adonde condujeran a Connie Sellers. Era el Saint James Hospital, y le respondieron,

informándole que continuaba el estado de *shock* profundo, y que la paciente no había vuelto todavía en sí ni era fácil que lo hiciera en breve, si bien los médicos confiaban en que su estado no fuese irreversible, puesto que su dolencia era de tipo psíquico, a causa de una intensa emoción sufrida.

Pudo enterarse de todo, eso diciendo que era el hermano de Connie y estaba en viaje hacia Londres para reunirse con ella. Cuando le pidieron más detalles, colgó sin esperar a más, y regresó a su coche, preocupado pero con cierto alivio.

Condujo en dirección al despacho de abogado de Harry Bentley, pero observó en la esquina inmediata la presencia de un coche-patrulla de la policía, y pasó de largo, sin detenerse.

No hubo mucha más fortuna en la casa de Bentley, en Kilburn. Allí eran dos los automóviles de Scotland Yard que permanecían aparcados en la zona residencial.

—El viejo Thomas ha montado su tela de araña —gruñó Stuart para sí—. Va a ser más difícil moverse de lo que imaginaba. Debe tener bajo control todo los sitios que puedo frecuentar yo...

Se detuvo en un local público, entró y se sentó, pidiendo una jarra de cerveza.

Mientras la consumía, se puso en pie y fue al teléfono, llamando a su fiel Hasper.

Apenas le oyó la voz el mayordomo, se apresuró a informarle con tono solemne:

—Lo lamento, señor. Lord Dundee no está en casa. Y no sé cuándo volverá. Pero hay otros amigos suyos que le esperan también...

Colgó. Hasper era muy astuto. Ya sabía que llamaba él, y le había advertido. No debía ir por allí. Ni hablar por teléfono, nada comprometedor. La línea estaba intervenida sin duda. Los «amigos» que le esperaban no podían ser sino agentes del inspector Thomas.

Se quedó pensando unos momentos. Luego, marcó el número de la casa de los Bentley. Tras sonar repetidas veces el teléfono, alguien lo tomó y preguntó con voz juvenil:

—Residencia de los Bentley. ¿Quién llama, por favor?

—Un cliente de Harry Bentley. Es importante que hable con él ahora mismo, esté donde esté.

—Lo siento, señor. El señor Bentley no está. Se halla fuera de

Londres.

—¿Y la señora Bentley?

—Tampoco. Salió con su esposo de la ciudad. Deberían haber vuelto ya, pero no ha sido así. ¿Quién le llama, por favor?

—Soy Stuart Dundee. ¿Y usted?

—James, su hijo mayor. Señor Dundee, estoy preocupado por mis padres. Se demoran demasiado en su regreso. En cuanto a usted... la policía estuvo aquí. Y sigue en los alrededores. Tienen intervenido el teléfono, imagino. Pero usted es un cliente de papá y creí justo advertirle.

—Gracias, muchacho —sonrió Stuart—. He pasado por ahí y he visto el panorama. Bien, si vuelve pronto tu padre, infórmale. Y dile lo de la policía. Ya intentaré ponerme en contacto con él de alguna forma...

Colgó, ceñudo. Las cosas se ponían difíciles. Necesitaba ayuda, amigos que le facilitaran las cosas. Y ninguno estaba en Londres en estos momentos. Connie permanecía en estado traumático, en un hospital. Los Bentley estaban ausentes, la policía iba tras de él, y Margaret y su padre no querían mezclarse en nada que pudiera perjudicar el prestigio y honorabilidad familiar. Todo muy favorable.

De repente, recordó al viejo Harrington, el único elemento sano de la familia. El anciano de ideas disparatadas y joviales. Y su papel amarillento...

Ni siquiera había tenido tiempo de echarle una ojeada, entre otras cosas porque tampoco le prestó demasiado interés. Tal vez alguna tontería, pero lo llevaba consigo y valía la pena examinarlo.

Se sentó de nuevo ante su cerveza y desplegó el viejo papel amarillo. Al menos tenía medio siglo o más. La letra, de un desvaído color ala de mosca, casi se diluía ya sobre el fondo color pergamino de la hoja arrancada de algún libro de apuntes o de un viejo Diario.

Comenzó a leer, sin demasiado afán. Repentinamente, una serie de frases llamaron su atención vivamente. El autor de aquel documento vetusto era, sin duda, el propio Silas Harrington, muchos años atrás.

Volvió a releer un párrafo significativo de aquel documento arrugado y casi ilegible ya:

«... esos estúpidos de la policía no tienen la menor

idea de nada, malditos sean todos... No puedo olvidar cómo me arrestaron, acusándome de algo que no había hecho, y que jamás haría. ¡Yo, matar a —una chica como Stella! Evidentemente, están todos locos.

»Igual pudo, ser otro cualquiera, según eso. Personalmente, yo me inclinaría por un tipo como *sir* Howard. El sí podría ser un asesino. No me gusta ese hombre, la verdad. Ese bastón suyo... siempre me ha parecido que encubre algo raro. Podría ser un arma, un estoque escondido. Mira de un modo a las chicas que me causa escalofríos, la verdad. Siempre tan puritano, siempre tan honorable en su apariencia... pero las desnuda con la mirada. Y hay algo raro y frío en sus ojos, algo sucio y difícil de entender.

»Cierto que *sir* Howard Aspern es amigo mío y socio del mismo Club que yo, pero nunca me ha caído bien del todo. Y el hecho de que aquella noche le viera yo deambular cerca de donde apareció muerta Stella Kent, no me gusta nada. El no frecuenta esos sitios, que yo sepa. Tal vez lo haga de tapadillo y ni siquiera advirtió que yo le descubría allí. No sé, no sé. Creo que la policía haría bien en vigilar a ese hombre.

»Si supiera que él mató a Stella... Creo que yo mismo le estrangularía entre mis manos al muy cerdo. Era una gran chica. Y sabía cómo trabajar bien en la cama, qué diablos...

Cada vez que recuerdo sus hermosos pechos, su desnudez, sus formas...

«Pobre Stella. Pobre chica...»

Allí se interrumpía el relato, para reanudarse, tras un margen en blanco, con una fecha intercalada:

11-8-1895.

Stuart trató de recordar los datos que tenía. El ocho de noviembre de 1895[1]. Una fecha curiosa. El día siete de ese mes y año, fue arrestado por la policía su abuelo lord Selwyn...

Y el texto de Silas Harrington así lo confirmaba. Con otro dato sorprendente y revelador a su final:

«Hoy he sabido que han arrestado al “Merodeador”, al asesino de la pobre Stella.

»Deberían arrancarle la piel, a tiras al muy canalla. Es un tipo de la mejor sociedad... Lord Selwyn Dundee, nada menos. El maldito zorro nos engañó a todos. Vamos, sí realmente es el culpable, porque de la policía no me fío nada.

»Claro que ahora no puedo culpar ya de nada a *sir* Howard Aspern. El ya no volverá al Club nunca más. Ni volveremos a verle jamás. Lo enterraron ayer, tras un repentino ataque de locura que le hizo arrojar desde la azotea de su mansión a las losas de la terraza. Murió en el acto el pobre diablo. Descanse en paz, pero sigo pensando igual. Nunca me gustó. Ahora, si ahorcan a lord Selwyn, nunca sabré si realmente era él o era el detenido el verdadero “Merodeador del Támesis”. En fin, qué vamos a hacerle...»

Allí terminaba la parte interesante del escrito. Lo demás, eran apuntes de cosas frívolas e intrascendentes. Pero era suficiente. Incluso era demasiado, para lo que Stuart había esperado encontrar en aquel documento con tantos años de vejez.

Según las memorias de Silas. Harrington, escritas cuando él era joven, el arresto de su abuelo había coincidido con la muerte de un aristócrata londinense, víctima de un ataque de locura que le empujó al suicidio. Un hombre introvertido y aparentemente hipócrita. Un moralista que devoraba a las mujeres con la mirada. Un tipo extraño, sin duda.

Y a partir de entonces, el «Merodeador» nunca había vuelto a actuar. ¿Porque lord Selwyn fue ahorcado... o porque *sir* Howard Aspern se mató en una crisis mental?

Ahí estaba la respuesta que había estado buscando. Ahora, sólo le quedaba un camino: buscar a la familia Aspern. Tratar de encontrar a un descendiente de la misma. Que él recordase, no conocía a ningún Aspern, aunque había oído hablar lejanamente de ellos.

Apuró su cerveza. Excitado, abandonó el *pub*. Y se lanzó hacia el único lugar en Londres donde podía obtener datos sobre la familia

Aspern: el registro civil.

CAPÍTULO VIII

Sólo cuando estaban a punto de cerrar las oficinas, el empleado de los archivos del Registro le entregó un impreso con una serie de datos escritos a máquina, a través de la ventanilla.

—Lo siento, señor —dijo—. Son todos los datos que poseemos aquí sobre la familia Aspern. Si le son útiles...

Dio las gracias, abandonando el recinto con aquel impreso. Lo leyó, al pisar la acera. El corazón le dio un vuelco.

Allí estaba la respuesta. Tan sencilla... y tan lejana, al mismo tiempo.

El viejo Harrington había dado la clave. Ahora ya sabía la solución al enigma. Una charada resuelta de un modo casi ridículamente fácil. Pero jamás hubiera podido sospecharlo.

Sir Howard Aspern solamente había tenido dos hijos. Uno, murió loco, internado en un centro psiquiátrico del norte del país, lejos de Londres. El otro, se casó y tuvo hijos. Dos hijos, exactamente también. Uno, murió asimismo muy joven, víctima de accidente de caza, montando un caballo.

Quedaba un solo hijo. Allí figuraba su nombre.

Stuart Dundee sabía quién era. Y ahora sabía también quién era el asesino, el nuevo «Merodeador», la persona que quiso salvaguardar su pasado y, quizás, su presente y su futuro también.

A veces, la verdad podía resultar dolorosa. Muy dolorosa.

Guardó el impreso. Echó a andar hacia su nuevo coche marrón. Pero antes, entró en una cabina telefónica. Hizo una nueva llamada.

Otra vez se puso al teléfono James Bentley. Su voz le resultó conocida. Pero tenía algo, una nota de angustia y de temblor en su tono:

—¿Quién llama?

—James, soy yo, Dundee... ¿Han regresado ya tus padres?

Un sollozo sonó quebrado, al otro extremo del hilo. Stuart sintió

una contracción dolorosa en su pecho. Apremió, tenso:

—Muchacho, ¿qué sucede? ¡Habla!

—Lo... lo siento, lord Dundee —jadeó el jovencito—. Papá... ha muerto.

—¿Qué?

—Y mamá, está grave. Muy grave, en el hospital. El coche derrapó al regreso, cerca ya de Londres... —Y otro sollozo rompió su voz.

—Lo siento, hijo —sólo atinó a decir Stuart roncamente—. Lo siento... Y colgó. No hubiera podido hacer otra cosa.

Fue una mala noche la que pasó en el hotelucho miserable y sucio de

Earl's

Court, barrio no precisamente respetable de Londres. Inscrito allí con nombre supuesto —en

Earl's

Court nadie pregunta nunca demasiado—, trató de descansar en vano. Cuando tuvo que levantarse, a las nueve de la mañana, era cuando acababa justamente de conciliar el sueño por agotamiento.

Salió del hotel, y el sol, aunque nublado, casi le deslumbró. La adquisición de la primera edición matinal de un diario, tampoco le aportó precisamente moral ni optimismo. La noticia venía en primera plana:

ABOGADO MUERTO EN ACCIDENTE DE
CARRETERA.

SU ESPOSA, MUY GRAVE.

ES HALLADO UN MAGNETÓFONO EN EL COCHE,
CON UNA GRABACIÓN QUE ACUSA CLARAMENTE AL
SUPUESTO HOMICIDA, LORD DUNDEE.

—Lo que faltaba... —Gruñó Stuart malhumorado—. Mi grabación con Sue Ashton. La usarán para pulverizarme ante el fiscal de la Corona. El inspector Thomas ya tiene virtualmente resuelto el caso contra mí...

Leyó la noticia. Se mencionaba allí el Hospital de San Pancracio, en Camden Town, como el lugar donde Muriel Bentley se debatía entre la vida y la muerte. Las últimas noticias decían que, tras una

intervención quirúrgica de urgencia, su estado era estacionario dentro de la gravedad, pero que hacía concebir esperanzas a los médicos.

Stuart sabía que estaba en un mal momento. No podía hacer gran cosa sin ayuda, y ésta brillaba por su ausencia. Una llamada al Hospital de Saint James no le dio resultado. Los médicos tenían órdenes de no informar sobre el curso del estado de salud de Connie Sellers salvo a su familia y a la policía.

Tranquilamente, Stuart hizo otra llamada. Esta vez a Scotland Yard. Pidió por el inspector Thomas; de Homicidios. Cuando se puso, preguntó:

—¿Cómo sigue Connie? Soy yo, Stuart.

—Stuart, no seas loco —sonó la voz aguda del policía—. Entrégate. No tienes escape posible. Y te has quedado sin abogado, incluso. ¿Por qué —no obras sensatamente? Así sólo lograrás empeorar tu situación.

—No voy a caer en la trampa de alargar la charla y que sus coches detecten el origen de la llamada —cortó Stuart—. Sólo quiero saber cómo está Connie. Luego, colgaré.

—Está bien. No corre peligro. Pero sigue sin volver en sí. Ahora, escucha y...

Stuart no escuchó. Colgó.

Luego, abandonó con rapidez la zona, y mientras conducía, ensombrecido el semblante, se dijo a sí mismo:

—Ahora, tengo que encontrar un sitio donde ocultarme durante una semana, al menos. En ese tiempo, nada podré hacer ya... Y Dios quiera que todo salga bien.

Había sido más de una semana. Doce largos días.

Doce días de ocultarse, de cambiar de nombre, de lugar, de aspecto. Siempre sintiendo en torno suyo la densa red policial, estrechando el cerco.

Ahora, con aquel ramo de flores y su uniforme, nadie le impidió llegar hasta la habitación número 504. Entró en ella. La luz de la tarde se diluía en la estancia. En el lecho, una mujer sonrió débilmente desde su pálido rostro.

—¿Flores? —musitó—. Es muy amable. Puede dejarlas ahí, gracias. ¿Quién las envía?

—Un cliente de su esposo, señora Bentley —dijo Stuart Dundee

con voz ronca—. Me encargó que las entregase en propia mano. Me alegra ver que ya es posible.

—Sí, dicen que estoy fuera de peligro —asintió ella tristemente. Miró a la lejanía gris de la ciudad, a través de la ventana—. Pero ya he pagado mi precio... El no tuvo tanta fortuna.

—Lo sé, señora. Tiene que hacerse a la idea.

—Es difícil. Me lo dijeron hace cinco días, cuando estuve fuera de peligro —suspiró con amargura—. Por favor, dejemos eso. ¿Quién envía las flores, exactamente?

—Lord Dundee, —dijo el joven con serenidad.

—Lord Dundee... —Ella humedeció sus labios y se estremeció levemente—. Stuart Dundee... Un buen cliente de mi marido. Y un amigo también.

—Exacto, señora —asintió él, acercándose a la cama de la paciente—. Lamenté mucho lo de Harry. Ha sido un golpe tremendo para todos.

—¡Stuart! —Ella alzó la mirada, al reconocer ahora su voz y mirar sus ojos, de los que él desprendía las lentillas lentamente—. Eres tú...

—Tengo que usar estos trucos —sonrió él—. Ya habrás leído los diarios...

—Sí, claro —musitó ella. Sus ojos brillaron—. ¿Crees que podrás seguir huyendo?

—No, no lo creo. Es un juego donde tengo todas las de perder.

—¿Entonces por qué no te entregas? Será más beneficioso que dejarte cazar.

—Es lo que hubiera dicho Harry —sonrió Stuart—. De todos modos, no puedo entregarme y dejar de luchar, ahora que conozco la verdad...

—¿La verdad? —Enarcó ella las cejas—. ¿Qué verdad, Stuart? ¿Sabes quién mató a esas chicas?

—Sí, lo sé.

—Cielos... —Pestañeó vivamente—. Eso me deja asombrada. ¿No vas a la policía a decírselo?

—No tengo pruebas. Sólo una evidencia remota. Ni siquiera sé si la aceptarían.

—¿Qué evidencia, Stuart?

—La muerte de un aristócrata loco, allá en 1895. Un suicidio.

Un hombre que no era lo que parecía, que fingía ser respetable y puritano, y de noche seguía a las mujeres solitarias. Su instinto era asaltarlas, violarlas acaso. Y en ese momento, su fanatismo le vencía, se odiaba a sí mismo por buscar las bajas pasiones, odiaba a sus víctimas por atraerle con sus encantos físicos... y las mataba, las acuchillaba sin piedad con su estoque.

—Dios mío... —Cerró los ojos, muy pálida—. Eso es horrible. ¿Quién podía sufrir de semejante desequilibrio mental?

—Un típico aristócrata Victoriano, reprimido y rígido. Su nombre era *sir* Howard Aspern, Muriel.

—*Sir* Howard Aspern —ella se estremeció—. ¿Cómo lo has sabido?

—Una vieja historia escrita en un viejo papel manuscrito. Cosas del pasado que siempre terminan por salir a la luz, Muriel. Lo demás ha sido fácil ya. Tenía que ser un descendiente suyo. Un hijo, un nieto quizás... No hay hijos con vida. Murió el único superviviente, y quedó un solo hijo con vida en la actualidad. Mejor dicho, en ese sentido siempre anduve equivocado. Yo buscaba un nieto del antiguo criminal... y nunca se me ocurrió que esa persona no fuese un nieto, sino *una nieta*.

Muriel Bentley no quitaba los ojos de él. La tarde languidecía en sombras, pero el fondo de las pupilas de la viuda reflejaban una luz ardiente y lejana.

—¿Una... nieta? —repitió con voz apagada.

—Sí. No hace falta fuerza para manejar un estoque, sino destreza. Una mano femenina puede lanzarse a fondo con una espada sin dificultades, ¿no es cierto? Tú debes saberlo, Muriel, puesto que has practicado la esgrima, según me dijeron algunas personas. Y con notable éxito. Incluso ganaste una medalla en un campeonato nacional, celebrado hace unos años...

—Stuart, ¿pretendes decirme algo con todo eso? —musitó Muriel cansadamente.

—Sabes que sí. Te lo estoy diciendo ya. Tengo los datos del Registro Civil. *Una nieta llamada Muriel Aspern* es la única descendiente viva de *sir* Howard Aspern. Lo siento, Muriel. Nunca sospeché de ti. Era imposible hacerlo. Ni siquiera sabía que procedieses de una familia aristocrática, aunque tu porte debió servirme de indicio...

Hubo un denso silencio en la estancia del hospital. La oscuridad era casi completa, pero ninguno parecía necesitar la luz para nada. La habitación se llenaba de sombras. Aun así, el rostro de Muriel Bentley era una pálida mancha flotando en la penumbra. Una máscara de dolor, de amargura y de cansancio.

—No quise hacerte daño, Stuart —murmuró ella—. Pero algo en mi mente me exigía proteger el nombre de la familia, la dignidad de los Aspern... y algo más.

—Tu felicidad con Harry y los niños, ¿no? —preguntó Stuart con voz sorda.

—Sí. Eso no quería perderlo por nada del mundo. Y, estúpida de mí, lo perdí todo de repente, cuando aquel coche derrapó en la maldita curva de la carretera... Quizás tuve yo la culpa. Distraje a Harry con mis palabras, él no se fijó bien en lo resbaladizo del terreno... y ocurrió todo. Fue como un castigo divino. Perdí todo lo que había querido conservar. Los crímenes eran inútiles. Totalmente inútiles. ¿Qué importaba ya que se supiera un día que yo era una Aspern, nieta de un loco criminal? ¿Qué importa ya todo eso?

—Están tus hijos...

—Sí. Están ellos. Y por ellos tengo que hacerlo, Stuart. Lo lamento, pero no puedo confesarle a la policía la verdad. No puedo ayudarte. Tengo que volver con mis hijos. Ellos no se pueden quedar solos en la vida...

—Lo están ya, Muriel. ¿No vas a tener un rasgo de honestidad para mí?

—No, Stuart —negó ella, enérgica—. Quiero que lo entiendas. No lo haré. No confesaré jamás que yo maté a aquellas dos chicas... Quise matar a Connie Sellers, tu amiga. Pero el impermeable amarillo me despistó. Vigilaba el *music-hall*, la vigilaba a ella... Yo sabía tantos detalles a través de tus charlas con Harry...

—Me di cuenta de eso cuando mataron a la amiga de Connie por el error del impermeable. Tenía que ser alguien que conociera todos los detalles. Sólo Harry o el inspector Thomas... Un policía podía ser también nieto de un asesino, después de todo. Y ni siquiera pensé en ti...

—No sé si podrás convencerles con eso de mi título de esgrima y el registro civil, pero... debo seguir luchando. Debo seguir intentando que todo eso quede en el olvido, que nunca se sepa

quién, fue de verdad el «Merodeador del Támesis»... Lo lamento por ti, Stuart.

—Es igual, Muriel —suspiró Stuart—. No hace falta. Me hubiera gustado qué saliera de ti, que tuvieses un rasgo hermoso. Eso me hubiera causado más dolor, ciertamente, por tener que entregarte. Pero ahora, ya sé que no puedo esperar nada de ti. Lo presentía. Por ello tuve que hacer así las cosas... Inspector, ya puede entrar imagino. Esto ha sido todo.

Muriel se incorporó, sorprendida. La luz de la habitación se encendió de súbito. La puerta se abrió, apareciendo en ella el inspector Thomas, el sargento Howard y otros agentes. El inspector traía puestos unos auriculares de los que se desprendió, mirando gravemente a Muriel Bentley.

—Señora Bentley, está detenida, formalmente acusada de doble asesinato —dijo con frialdad.

—Stuart —ella miró a Dundee, perpleja—. ¡Era una trampa!...

—No había otro remedio. El micrófono está en las flores. En la habitación inmediata se montó la grabadora y el receptor de sonido. Varios agentes servían de testigos de la escena, junto con el ayudante del Fiscal. El inspector quiso colaborar por una vez, cuando le remití a: Scotland Yard la fotocopia de un documento escrito por Silas Harrington, tu título de esgrima y tu verdadera inscripción en el registro civil, como Muriel Aspern. Lo lamento. Ambos jugábamos sucio, Muriel.

—Dios mío —ella bajó la cabeza, con lágrimas en los ojos—. ¿Qué será ahora de James y de Bob?

—Alguien cuidará de ellos, Muriel. Alguien que, además, vigilará su estado psíquico, para evitar que la demencia de los Aspern sea de nuevo hereditaria. Es lo mejor que podía suceder.

—Sí, tal vez... —sollozó ahogadamente—. Tal vez, Stuart. ¿Podrás perdonarme alguna vez?

—Lo mío está perdonado. Lo que hiciste a Sue Ashton y a Molly Fry, lo que pudiste haberle hecho a Connie Sellers... eso, sólo Dios puede perdonártelo.

Caminó hacia la salida. El inspector se volvió hacia él.

—¿Vas al otro hospital, Stuart? —indagó.

—Claro. ¿Adónde, si no?

—Bien. Te deseo suerte. Ya veo que has elegido el camino. Y no

pasa por Berkeley Street.

—No, ya no. Es otro camino muy diferente, inspector...

—Tú sabes lo que es mejor, muchacho. Creo que estás en lo cierto. Hasta pronto, Stuart. Me alegro de haber creído esta vez en tu palabra. Ah, y no creas que me olvido de algo que dijiste antes. Conque sospechabas que yo podía ser el nieto de un asesino, ¿eh?

Stuart Dundee se echó a reír suavemente. Luego, abrió la puerta de la habitación del hospital, dirigió una última y triste mirada a Muriel Bentley, y cerró tras de sí.

Connie Sellers, convaleciente ya, le esperaba. Sus palabras y las evidencias últimas que aportara Stuart, habían convencido al inspector Thomas. Pero eso ya no tenía importancia alguna para el joven lord Dundee.

Era sólo Connie, la pelirroja y bonita Connie quién contaba. Ella, la que había tenido fe en él. Algo que le había faltado a Margaret Harrington.

Por eso Margaret se quedaba en su suntuosa mansión de Mayfair, esperando a alguien que jamás volvería.

Por eso Connie vería muy pronto entrar en su habitación a Stuart Dundee. Y oiría, en plazo muy breve, la pregunta más increíble que podía esperar oír en labios de un aristócrata rico, una simple muchacha del coro de un *music-hall*:

—Connie, ¿quieres ser la esposa de lord Stuart Dundee?

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA



El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

NOTAS

[1] Téngase en cuenta que los ingleses anteponen el mes a la fecha del día. < <